

*El quinto
dragón*

A close-up photograph of a human eye with light-colored hair. The iris is a golden-brown color, and in the center, there is a clear reflection of a dragon's head, including its horns and scales. The background is a soft, out-of-focus light color.

El Quinto Dragón

Paulina Aguilar Gutiérrez

*El quinto
dragón*

Sinopsis

Cuando Abi conoce a “la abuela”, una vieja solitaria con fama de bruja, esta era una niña salvaje y desgreñada de sólo 9 años de edad. Abi no recordaba nada sobre su pasado, ni siquiera su nombre, y la anciana decidió acogerla en su hogar, nombrándola “Abi” en honor a Abigail, su desaparecida hija. Rechazada por todo el pueblo, debido a sus ojos amarillos y su fama de bruja, Abi crece libre y salvaje en su pequeño hogar en Puerto Esmeralda y junto a sus amigos Kichéh, indios nativos de la isla, Abi se empapa de las leyendas de dragones de la tribu. Leyendas que todos dan por solo fantasías, pero que ella y su abuela tienen la certeza de que son más que eso.

La vida de Abi cambia cuando un día descubre que tiene la habilidad de volver realidad lo que escribe y de esa manera trae a su lado a Jan, un chico de 16 años que, al igual que Abi, no recuerda nada de su pasado y al parecer también viene de muy lejos. Luego de la llegada de Jan, Abi comienza a sufrir una serie de cambios y una noche desaparece misteriosamente. Y es aquí cuando la aventura de estos dos jóvenes comienza.

Índice

Primera Parte

- * La Bruja
- * Nuevo
- * Cambio de Edad
- * Leyendas del Dragón
- * Desaparecida
- * Remordimiento
- * Fuego
- * Sin Adiós

Segunda Parte (3 Años Después)

- * El Silencio
- * Fantasmas que ayudan
- * Desapariciones
- * Lo que es
- * Un Dragón
- * Explicaciones
- * El Desierto
- * La última historia de la abuela
- * La ciudad amurallada
- * Una confesión y una hoja de papel
- * El quinto dragón
- * Rumbo a isla azul
- * La Dama Eterna
- * La Canción de Jen
- * Epílogo



Primera Parte

*El quinto
dragón*

La bruja

Abi

A los trece años huí de casa y no regresé. Nunca pude encontrar el camino de vuelta y nadie me buscó. Con el tiempo, olvidé las caras de mis padres, si tenía hermanos o hermanas, donde vivía y hasta cómo me llamaba. Algo me atrapó en las Islas y no pude salir. Tal vez era mi destino venir aquí y convertirme en lo que soy; no necesito sentirme protegida ni esconderme detrás de murallas ni vivir en castillos ni poseer coronas ni rodearme de sirvientes ni que las leyes estén a mi favor. No necesito ser reina. Yo puedo hacer que lluevan estrellas del cielo, puedo quemar ciudades enteras con el fuego de mi garganta, puedo desatar tormentas y paralizar de miedo a poblaciones enteras.

Convertirme en lo que soy fue inevitable, aunque no siempre fui así. Alguna vez fui una chiquilla salvaje que vivía junto al mar, sin futuro y sin magia, lo crean o no, hay noches en que añoro esos días sin complicaciones, hay noches en las que me gustaría volver a casa y dejar de ser lo que soy.

Apenas sí recuerdo esos tiempos; los días antes de Jan. ¿Cómo era todo antes de su llegada? Nuestras existencias están tan ligadas la una con la otra, que todos mis recuerdos antes de él aparecen y desaparecen a su antojo. Tenía quince años la legendaria noche en que el cielo de la Isla del Sur se iluminó por completo al llover estrellas por todo el firmamento. Jamás hubiese sospechado que mi vida cambiaría de manera tan radical e incluso ahora me pregunto qué hubiera pasado sí, la noche en que si imagen se clavó en mi pensamiento, yo no hubiera tomado el papel y escrito lo que veía en mi cabeza. Dos años atrás, recién llegada a las Islas, no hubiera tenido motivos para hacerlo.

Tenía trece años la primera vez que pisé Puerto Esmeralda. Me sentía muy asustada porque mi mente estaba vacía. Angustiada, vagaba por las calles del pueblo tratando inútilmente de recordar cualquier cosa que me diera una pista de hacia dónde ir. Entre tanta gente, me hubiese gustado hacer preguntas; sin embargo, no sabía qué era lo que podía preguntar. Tenía miedo. Me reduje a la condición de mendiga y, en ese deplorable estado y con el estómago vacío de días, fue como llegué a los alrededores del

*El quinto
dragón*

campo kichéh. Así me encontraron Matilde y Sebastián, tirada cerca de la playa y muerta de sed.

Eran hermanos, tenían ocho y nueve años respectivamente y vivían y trabajaban en el campo kichéh porque pertenecían a esa tribu. Cuando vieron aquel bulto que era yo, tal vez los movió la compasión o hasta la misma curiosidad para ayudarme. Fueron ellos quienes me llevaron agua y algo de comer y quienes además me encontraron asilo.

—Sólo dile a la bruja que te llamas Abigail, eso bastará para que te deje quedar en su casa —me aconsejó Matilde sonriendo muy traviesa.

A quien ellos llamaban bruja era una anciana que vivía a las afueras del pueblo, muy cerca de la playa y del campo kichéh. Me dijeron que era una mujer inofensiva y que a veces les regalaba fruta de su pequeña huerta. En cuanto a su consejo, no supe qué hacer. Todos en Puerto Esmeralda sabían que Abigail era el nombre de la hija de aquella anciana y que hacía más de diez años se había ido para no volver.

Cuando Matilde, Sebastián y yo tocamos a la desgastada puerta azul de la bruja, me sentí culpable por usurpar un nombre que no era mío y fui incapaz de decirlo. Fueron los niños quienes hablaron por mí y le contaron mi penosa situación, mientras yo permanecía callada y con la mirada en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —fue lo primero que me preguntó con su voz sonora y malhumorada, que delataba su carácter fuerte.

No pude decir lo que Matilde me aconsejó y, a pesar de lo ridículo que sonaba, no me quedó más que contestar la verdad:

—No lo sé.

—Entonces habrá que ponerte un nombre —advirtió con las manos en su cintura flaca—. Te llamarás Abi.

Desde ese día, Abi fue mi nombre. No sería la última persona a la que la abuela bautizaría; un par de años más tarde. También lo haría con un chico que llegó a la casa en condiciones muy parecidas a las mías.

Me acostumbré a la abuela y ella a mi presencia. Vivíamos en una casita que parecía tener siglos de antigüedad, pero que nos bastaba para las dos solas.

La abuela era una mujer rara. En el pueblo todos la catalogaban de bruja debido a sus túnicas viejas y coloridas, sus múltiples collares hechos de conchas de mar y su sonrisa sin dientes, que era lo que más asustaba, en especial a los niños. No obstante, yo estaba

segura de que mi abuela era buena; me cuidaba y se aseguraba de que no me faltase nada, sin importar que yo no fuera su nieta de verdad. Yo la quería, a pesar de mi comportamiento de niña, porque era cierto que en ese entonces no había nadie más a quien querer. No había padres ni hermanos; yo no tenía familia.

A mi abuela acudían los pescadores de piel tostada, quienes con frecuencia venían en busca de un amuleto que evitara que se los tragara el mar, y las mujeres de ojos brillantes que buscaban una hechicera con la esperanza de obtener un conjuro que les concediera el amor de algún hombre. Con manos temblorosas, las señoras sujetaban su bolso o jugueteaban con sus collares de perlas, tan blancos como su piel. Los pescadores se quitaban sus sombreros de paja gastada y, nerviosos, miraban alrededor de la casa. Todos ellos apenas si se atrevían a mirarme; yo sólo era un animalito polvoriento e insignificante de piel rojiza y cabello enmarañado. Digna nieta de una vieja loca.

Mi falta de entusiasmo por la limpieza y el arreglo personal no los aprendí de mi abuela; por el contrario, la pobre se cansaba de perseguirme primero por los alrededores de la casa, después por toda la playa para que me lavara.

—¡Mírate, niña cochina! —Exclamaba llena de furia al verme llegar cubierta de mugre de pies a cabeza después de haber pasado toda la tarde con Matilde y Sebastián—. ¡Pareces una chiva loca!

Yo sonreía satisfecha al escuchar sus palabras; había logrado mi cometido. Sin embargo, no siempre ganaba las batallas. Había días en los que la astuta mujer me agarraba desprevenida y me metía por la fuerza en la improvisada tina de madera que ella misma utilizaba para bañarse. Con sus manos poderosas y rugosas por el trabajo y la edad, tallaba mi cabeza con jabón, hasta que me dolía. No sólo se conformaba con bañarme; la muy malvada me torturaba cepillando mi cabello y vistiéndome con las mejores ropas que poseía: un viejo vestido blanco de algodón que ella misma había confeccionado, aunque no para mí.

—Voy a hacerte uno nuevo —proponía cada vez que me lo veía puesto—. Estás creciendo muy rápido, Abigail.

Ése no era mi nombre ni mi vestido. Abigail era el nombre de la hija desaparecida de la anciana. La abuela decía que me parecía mucho a ella. Que tenía el mismo cabello oscuro y pesado; la piel blanca, aunque la mía se había tornado rojiza; los brazos largos y el rasgo más característico: los extraños ojos color dorado. Era a su hija a quien mi abuela advertía cada vez que me bañaba y me vestía con ese atuendo. Cuando me miraba en el espejo en esas condiciones, incluso yo la veía y a veces me asustaba encontrar a su fantasma en lugar de mi reflejo. Yo era una copia o un intento de fantasma y ésa era la

única razón por la que mi abuela dejaba que me quedara en su casa. Eso no me preocupaba. Mientras tuviera un lugar donde vivir y algo de comer, estaba bien.

No había nadie más que me diera asilo; la gente del pueblo me tenía miedo. Desde el día en que aparecí en este lugar comenzó el rumor de que yo era una bruja. Lo gracioso fue que no era la reputación de mi abuela lo que me ganó el título de hechicera, sino el color de mis ojos, un rasgo físico poco común. Al principio me molestaba, pero después dejó de importarme. Yo no era una bruja, no tenía poderes mágicos ni podía convertir a nadie en sapo ni volar por las noches. De cualquier forma todos huían de mí como si fuera la peste. Ni siquiera me dejaban acercarme a trabajar a los sembradíos como los peones de la tribu kichéh; decían que traía mala suerte. Sólo por eso Matilde y Sebastián, mis únicos amigos, debían escaparse para verme.

Los kichéh eran el último grupo nativo de la Isla del Sur; en algún momento, muchos siglos antes de que otros grupos llegaran, ellos gobernaron las Islas. Ahora sólo eran peones mal pagados, casi esclavos, considerados animales por su piel oscura y sus dialectos desconocidos. Lo poco o mucho que pude averiguar de ellos me lo contaron Matilde y Sebastián, quienes eran kichéh puros, y la abuela, que era mitad kichéh y jamás me habló directamente de ellos, sino por medio de las leyendas que me contaba. ¡Parecían tan reales! A pesar de que había dragones, dioses, magia, fuego y demás seres y situaciones fantásticas, para mí esas historias eran reales. Sus leyendas eran, además, mi único medio de educación; de ninguna manera iban a dejar que una bruja se juntara con los otros chicos. Jamás me permitirían ir a la escuela.

Matilde y Sebastián iban casi a diario a jugar conmigo. Tenía nueve años otra vez y no me preocupaba correr como loca por la playa o ensuciarme de pies a cabeza; con ellos y con mi abuela era feliz. Así transcurrieron mis primeros dos años en las Islas.

A los quince, no tenía más deseos y aspiraciones que ver el interminable ir y venir de las olas; sentir la humedad, el calor de las tardes y el aroma de la sal. Era una chica poco educada, con mala reputación, medio sucia, que pasaba los días ayudando a su abuela en la pequeña huerta detrás de la casa y jugando como niña con sus dos únicos amigos. De haber seguido así, de seguro hubiese vivido el resto de mis días en un pueblo congelado en el tiempo. Mucho de eso cambió precisamente a consecuencia de la noche en que yo conjuré una imagen en papel y mi abuela me habló acerca de la marea.

—El mar se escucha alborotado —me advirtió—, mantente alejada de él.

Los días tranquilos de niña que viví en Puerto Esmeralda estaban por terminar. Me aguardaba una sorpresa, un don fantástico y oculto, que se encontraba dentro de mí, ansioso por salir a la superficie. Todo comenzó cuando me entere de que Matilde y

Sebastián no sabían leer. Por ser kichéh se les tenía prohibido aprender. Con seguridad alguien tuvo la fabulosa idea de que, entre más ignorante fueran, menos protestarían y más ventaja se sacaría de ellos.

A mis dos amigos poco les importaba; sus padres, sus abuelos y bisabuelos habían sido analfabetos toda la vida. Sabían cuál era su destino y lugar en el mundo: al lado de la gente de su tribu, trabajando todo el día en el campo. Eso es lo que su gente había hecho durante siglos y ¿quiénes eran ellos para desafiar ese orden?

Por eso cuando les propuse enseñarlos a escribir, ambos hermanos se miraron el uno al otro preocupados, como si estuvieran a punto de traicionar a su gente. A mí me entristecía pensar en el futuro que les esperaba a ambos, y, aunque aprender a leer y escribir no era la solución a su destino, sí era el primer paso para querer escapar de él.

Matilde usaba dos largas trenzas oscuras que se movían de un lado a otro, tan contentas como su dueña; tenía una sonrisa de dientes chuecos y una risa contagiosa; sus manos y sus pies eran chiquitos como ella, y su abuelo la llamaba "pulga" porque saltaba de un lado a otro sin parar.

Su hermano Sebastián era más bien callado. Prefería ver a sus pies o a sus manos en lugar de ver a la gente a los ojos y, por ser un año mayor que Matilde, sus padres le habían encomendado la tarea de cuidar a su hermana. A él le tocaba tomar la decisión de aprender a leer o no y Matilde seguiría sus instrucciones, aunque antes intentaría convencerlo de lo que quería.

Cuando ambos aceptaron, tenían la expresión de un ladrón primerizo, como si ellos le fuesen a robar letras y palabras a alguien más. Por eso decidí que sentarse horas y horas a repetir letras sobre un papel no era la mejor forma de comenzar. En lugar de eso, empezamos trazando las vocales y consonantes sobre la arena. Con una rama caída dibujamos primero una "A" gigantesca, que nos causó risa a los tres, y luego las demás vocales durante días, para luego escribir todo el abecedario completo en un largo camino de arena, justo al lado de tres pares de huellas.

Para escribir palabras comenzamos a utilizar papel, aunque nuestras clases siguieron siendo al aire libre. Ambos chicos progresaban rápidamente y fue eso lo que me acercó a descubrir ese misterioso poder que jamás había sospechado tener. Al principio no lo noté porque apenas si escribía unas cuantas líneas al día, lo suficiente para que Matilde y Sebastián leyeran y las repitieran; sin embargo, pronto me di cuenta de que ellos necesitaban algo más.

No habían libros en casa de la abuela y a los kichéh se los tenían prohibidos. Fue así como empecé a escribir pequeñas historias para ellos. No recordaba ningún cuento; en mi mente sólo estaban las leyendas kichéh que ellos mismos y la abuela me habían contado. Pensé que yo también podía darles historias fabulosas y nuevas, aunque en realidad no era muy buena en ello; en lugar de dragones, espíritus y dioses antiguos; mis cuentos eran pequeños y sencillos. A los niños no les parecían tan malos; pensaban que era divertido encontrarse a sí mismos plasmados en papel y dibujados con palabras. Mis cuentos siempre eran acerca de ellos dos, jugando, trabajando y viviendo como lo hacían.

La noche en que mi abuela me advirtió acerca del mar, algo extraño me impulsó a escribir una historia diferente. Para empezar, yo ya estaba en la cama y escuchaba el sonido de la marea intranquila. Por lo general, me dormía en cuanto tocaba la almohada, pero esa vez di vueltas durante lo que me parecieron horas, enredada en las sábanas, con un calor asfixiante y una imagen fija en mi mente: la sombra de un chico que salía de las aguas. Por más que intentaba concentrarme en otra cosa, volvía siempre a la misma imagen que cada vez se hacía más y más clara. Cuando ya no pude más y me empezaron a temblar las manos, decidí poner en papel lo que veía; no tenía sentido, pero, tal vez si estaba escrito, desaparecería de mi cabeza. En el papel, llovían estrellas fugaces una tras otra como si fueran gotas de agua y un misterioso chico emergía del mar: no sabía su nombre ni cómo había llegado a las Islas. Era apenas un cuento sin forma ni sentido, sin motivos ni un conflicto que resolver; tampoco tenía un final, únicamente existía porque me había atacado y no lograba librarme de él: no obstante, ahí estaba.

Fue así como Jan llegó a Puerto Esmeralda. Cada una de las palabras que yo había escrito sucedieron la noche en que lo conocí; lo vi salir del mar, como si de allí hubiese nacido. Me escondí detrás de unas plantas y corrí a él cuando lo vi caer muerto.

Nuevo

San

Furia. Ira. Era todo lo que sentía. Estaba empapado de pies a cabeza, con mis pesadas botas atascadas de arena por dentro y por fuera y mi adorada chamarra de cuero negra arruinada por la sal y el agua de mar. No tenía idea de dónde estaba; mucho menos entendía cómo había llegado allí. Sólo tenía mi enojo y lo único que quedaba era la emoción, la razón había desaparecido y no hay nada más estúpido que estar furioso por algo que no se recuerda.

Quería ir a un sitio donde pudiese olvidar. Quería ir a una isla para mí solo, en donde cualquier cosa pudiera pasar y yo pudiera ser algo más que el hijo de un ebrio o el aprendiz de un cocinero. No quería recordar los largos inviernos de mi país y las habladurías de mi aldea. Quería vivir en un lugar donde los días fueran largos y el sol brillante, donde pudiese tocar mi saxofón a cualquier hora. Quería ver el mar azul y dejar de ser una basura humana. Lo deseé con tanta fuerza que algo hizo que viniera a las Islas.

Me quité la chamarra y gruñí. Hacía demasiado calor para traerla puesta. Luego me tiré sobre la arena mojada. Estaba agotado, como si hubiera nadado kilómetros y kilómetros sin parar. Tal vez así había sido, pero no podía recordarlo. Acostado en la arena y todavía con los puños apretados y mis nudillos blancos, cerré los ojos. Pareció como si lo hubiera hecho durante horas, o tal vez fueron unos cuantos minutos, el caso es que cuando los abrí había alguien observándome.

—¿Estás muerto? —preguntó una chica que con curiosidad se inclinaba para ver mi cara.

¡Qué buena pregunta! Me senté y la miré. Seguía muy enojado y no pude evitar ser grosero con aquella extraña.

—Si estuviera muerto, no podría moverme, mucho menos hablarte. Se sentó frente a mí sin preguntar más y me observó como un animalito curioso. Eso parecía con su cabello alborotado y la cara mugrosa; sin embargo, había algo atípico en ella, algo perturbador y al mismo tiempo extraordinario: sus ojos.

El quinto
dragón

—Va a llover —anunció de manera repentina.

Ella tenía razón; después de una gran tormenta de estrellas, grandes nubarrones se habían formado de la nada y en lo único que podía pensar era en que no tenía idea de en dónde estaba o adónde ir.

—Puedes quedarte en mi casa —sugirió ella.

Con el tiempo comprendería que Abi tenía la extraña habilidad de adivinar lo que la gente estaba pensando o a punto de decir.

Esa noche pude haberme quedado tirado a la orilla del mar, dándole vuelta a mi rabia, pero, en lugar de eso, elegí seguirla sin protestar o decir una sola palabra en todo el camino. Más tarde vendría el problema de mi memoria, que se desvanecía a cada instante, miles de preguntas acerca del lugar donde de repente aparecí y una vida que jamás imaginé. Pero, por el momento, todo eso no importaba; estaba sano, salvo y seco junto a ella. Misteriosamente, toda la furia que sentía desapareció.

Cambio de edad

Abi

Lo llamamos Jan. Al igual que yo, no recordaba su nombre, así que tuvimos que darle uno. Mi abuela decidió nombrarlo como uno de sus amigos de la infancia, porque según ella se parecía un poco a él.

Después de que intentáramos sin éxito averiguar quién era o de dónde venía, decidimos dejar de cuestionarlo. Para mi abuela era claro que, si no podía recordar su propio nombre, mucho menos podría responder a otras preguntas; sin embargo, no todos los recuerdos de Jan se habían esfumado. Era capaz de describir imágenes de su hogar, de su aldea blanca durante los inviernos, a su padre con quien no se llevaba muy bien, las montañas nevadas, a su madre que se había marchado sin él hacía muchos años, el campo y el olor a alcohol y cigarrillo permanente en su casa. Recordaba su vida entera, omitiendo todos los nombres, incluso el suyo.

Yo estaba segura de que debía venir de un lugar muy lejano, ya que cualquier persona de por allí hubiese salido corriendo al ver nuestra casa; a nadie le gustaba la idea de quedarse con brujas como nosotras.

A Jan no le importaba eso, tampoco que le quedara chica la casa. Se movía de la cocina a los cuartos con dos pasos y lo hacía medio agachado, como si temiera topar con el techo; además se tropezaba fácilmente con todo lo que había dentro. La abuela concluyó que, a pesar de su gran altura, debía tener unos quince o dieciséis años; decía que se le notaba en los ojos. Sus ojos eran enormes y de un azul brillante. Se notaba que no era kichéh puesto que su piel era entre blanca y rosada. Sus enormes manos tenían dificultad para hacer tareas sencillas y la abuela lo regañaba por ello, pero yo me sentía contenta de que Jan estuviese allí, incluso cuando silbaba una sola canción una y otra vez, hasta marearnos a la abuela y a mí. Jan había llegado con un saxofón e intentaba tocar la fastidiosa canción que tarareaba de manera constante, a pesar de que el instrumento se había arruinado por el agua salada.

Lo que más le costó trabajo fue acostumbrarse al calor; por eso mi abuela y yo pensamos que debía venir del norte. Una vez que lo logró, fue fácil llevarlo de paseo por todo Puerto Esmeralda, a través de las calles empedradas llenas de casas de todos los colores, al ruidoso mercado de pescadores del pueblo, luego al campo kichéh lleno de niños que lo miraban con curiosidad por su tamaño, después a la enorme mansión blanca que sólo pudimos ver de lejos y por último al acantilado, que el pueblo temía.

Matilde y Sebastián lo recibieron felices, y en pocas semanas el asunto de su origen se había olvidado: era como si Jan hubiese vivido con nosotras siempre, como si perteneciera al mismo lugar que yo. El enojo que mostró a su llegada desapareció desde el primer día. Me gustaba pensar que ya no estaba molesto porque era feliz en las Islas.

A veces lo miraba y me sorprendía que él estuviera allí. Una duda siempre rondaba en mi mente: ¿había sido mi historia lo que lo había traído? Desde el día en que llegó no me había atrevido a escribir nada más. Un enorme temor acechaba como una sombra que se puede ver de reojo: temía que Jan desapareciera de repente. Se convirtió en mi mejor amigo y dejé de tener nueve años para convertirme en una chica de quince.

Leyendas de dragón

Jan

El corazón de un dragón no era como el de los humanos. Se decía que, en lugar de tejidos, venas y arterias, tenía una piedra preciosa, una joya que latía. Esta gema era tan poderosa que, aun cuando se le hiriese de muerte a un dragón, su corazón seguiría latiendo por un tiempo, incluso fuera de su cuerpo, y podría volver a la vida, siempre y cuando se le llevase a la Dama Eterna antes de que dejara de latir. Nadie sabía cuánto tiempo podía sobrevivir el corazón de un dragón fuera de su cuerpo; se decía que dependía de su fuerza, de su espíritu.

Los dragones eran importantes en las leyendas kichéh. Abi decía que la gente creía que los dragones eran malvados y que sólo los de la tribu sabían que eran seres protectores y sagrados. Nadie conocía a ciencia cierta si los dragones existían; no obstante, había historias acerca de ellos en cada pueblo, en cada isla y hasta se decía que el actual soberano de la Isla del Sur había derrotado al último de los dragones hacía poco más de diez años.

La Dama Eterna era un espíritu que daba la vida y que había creado todo en el mundo. No era considerada una diosa; ni Abi ni los kichéh la veneraban; simplemente sabían de su existencia y creían que habitaba en un lugar místico llamado Isla Azul.

Para mí, todas esas leyendas eran cuentos para niños. Pero, eso sí, disfrutaba ver cómo Abi narraba cada historia; le brillaban los ojos al hablar, movía sus manos de forma especial con cada frase, le atinaba al tono perfecto y creaba imágenes con sus palabras. Tenía un don para contar historias. Por eso no me sorprendí tanto cuando me dijo que les enseñaba a Matilde y a Sebastián a leer y escribir. Claro, era perfecta para ello. Fui testigo de cómo llovían letras en abundancia de parte de ambos chicos.

Me pidió que escribiera los cuentos que recordara, y yo recordaba muchos. Detalles importantes de mi pasado se me escapaban de la memoria a una velocidad impresionante; sin embargo, había cosas que no se borraban; los cuentos que algún día alguien me contó permanecían intactos. Nos acabábamos el papel en niños que se perdían

*El quinto
dragón*

en el bosque y encontraban una casa hecha de dulces, en brujas que envenenaban manzanas, en princesas que dormían cien años y en zapatillas de cristal olvidadas a las escaleras de un palacio. El papel volaba y los meses se terminaban de la misma manera. El tiempo en Puerto Esmeralda ni se sentía.

A veces me preguntaba si era tan feliz en donde vivía antes. "No lo creo", pensaba al caminar descalzo por la arena tibia al lado de Abi.

El clima en la Isla no cambiaba mucho ni con el paso de los meses; siempre era húmedo y caluroso y daba igual que fuera julio a que fuera octubre. Lo único que cambiaba era la frecuencia de las lluvias; en verano llovía más que en cualquier otra estación.

Era verano cuando Abi comenzó a caminar dormida. La abuela no se alarmó mucho, dijo que a veces pasaba. A mí sí me preocupaba que fuera sonámbula, así que cuando Abi salía a dar sus paseos nocturnos, yo la seguía. Nunca se alejaba mucho de la casa, caminaba un rato por la playa y luego volvía y seguía durmiendo, como si nada hubiese pasado. Cada vez que le preguntaba acerca de su sonambulismo, me decía que no recordaba nada.

Faltaban unas cuantas semanas para su cumpleaños cuando fuimos al pueblo a surtirnos de papel y de otras cosas que la abuela nos había encargado. Esa mañana el cielo estaba muy nublado y Abi muy callada.

—¿Qué tienes? —le pregunté cuando íbamos de regreso a casa.

—Nada —respondió desanimada—. ¿Por qué me preguntas?

—Porque no has dicho nada desde que salimos. ¿Es por lo de anoche?

Durante las últimas semanas sus caminatas nocturnas se habían hecho aún más frecuentes. Primero, un par de veces por mes; luego, una vez por semana, y ahora, casi todos los días.

Después de unos minutos se detuvo de repente y mirando al suelo comenzó a hablar:

—He estado pensando que tal vez haya una forma de que recuperes todos tus recuerdos y regreses a casa.

—¿Qué? —pregunté muy desconcertado y frunciendo el ceño—. ¿Para qué quieres que recupere la memoria?

—Pensé que querrías saber de dónde vienes, quién eres —me dijo cabizbaja—. Tal vez tienes alguien que te espera, padres, amigos, familia.

Padres, amigos y familia: todo lo que se suponía que Abi y yo no teníamos. Lo extraño era que a mí no me importaba nada de eso. No me imaginaba mi vida sin la playa y el mar, sin nuestros paseos diarios, sin contar historias o escuchar leyendas, sin jugar con Matilde y Sebastián, sin los regaños de la abuela. Y, para ser honesto, no me imaginaba un solo día sin mi mejor amiga. Puerto Esmeralda era mi hogar, y mi lugar, al lado de ella.

—Pues yo así estoy bien —repliqué.

—Algún día vas a hacerte un montón de preguntas y vas a querer saber —argumentó mirando al suelo—. Deberías hacer el intento y salir a buscar las respuestas.

—¿Quieres que me vaya?

Hasta el día de hoy no sé de dónde salió esa pregunta ni cómo me atreví a hacerla. Ella respondió negando de forma violenta con la cabeza, aún sin mirarme.

No sé por qué lo hice, tal vez porque me desesperaba que no me viera a los ojos, pero puse mi mano debajo de su barbilla y suavemente la levanté para que me mirara. Si no lo hubiera hecho, esta historia tal vez hubiera sido muy diferente, porque al ver la intensidad de esa mirada me estremecí y, en ese instante, Abi y yo dejamos de ser niños.

—No, no quiero que te vayas. Quiero que te quedes conmigo.

Al escuchar sus palabras supe que yo deseaba lo mismo. Cerré los ojos y acerqué mis labios hacia ella.

Nos robaron ese momento. No pude besarla ese día en esa calle porque escuchamos un grito agudo que provenía de algún lugar muy cercano. Nos miramos alarmados y, al escuchar el grito por segunda vez, corrimos a ver qué pasaba.

—¡Auxilio! ¡Suélteme!

Era una niña pidiendo ayuda en una de las calles aledañas. Un hombre flacucho y bien vestido la jalaba del brazo, tratando de llevársela. Sin pensarlo dos veces, Abi salió a su defensa y yo detrás de ella.

—¡Suéltela! —le ordenó al hombre.

—Lárguense, soy su padre y voy a llevármela a donde se me antoje.

Ese hombre no era su padre; la diferencia de clases se notaba de inmediato. Abi se inclinó y le habló a la chiquilla, quien muy probable era de la misma edad que Matilde.

—¿Él es tu papá?

Asustada, la niña negó con la cabeza.

—¿Acaso quieres venir tú también? —preguntó el hombre con una sonrisa repugnante.

—Ni lo intente —intervine, tomando a Abi del brazo.

—Dudo mucho que quiera llevarme —argumentó ella—. Soy una bruja y usted debería tenerme miedo.

Abrí la boca sorprendido de lo que acababa de decir. Por supuesto que ella no era una bruja, no había una gota de magia en ella. ¿Se había vuelto loca? Quise tomarla de la mano y salir corriendo antes de que ese maldito se la llevara también, pero Abi no se movió.

—Soy una bruja, pregunte a cualquiera.

Para esos momentos una multitud se había formado alrededor de nosotros y observaba curiosa lo que sucedía.

—Si no suelta a esa niña, le juro que lo convertiré en lo que en realidad es: un sapo asqueroso.

Dudo mucho que el viejo soltara a la chiquilla porque tuviera miedo de las amenazas de Abi; más bien fue el hecho de que una multitud lo observase, y no quería que lo atacaran. El hombre dejó a la niña, montó en su caballo y se alejó como si nada.

Por una fracción de minuto, el silencio reinó en aquel lugar, a pesar de la cantidad de gente. Todos nos miraban, debatiéndose entre la importancia del acto heroico de Abi y su indeleble reputación de bruja.

—¡Gracias! ¡Gracias por salvar a mi hija! —exclamó lloriqueando una mujer regordeta con delantal de cocinera que acababa de llegar al lugar.

—De nada —respondió Abi, aferrándose a mi brazo.

Temblaba de pies a cabeza y no dejó de hacerlo hasta que llegamos a casa.



Desaparecida

Abi

Lo que averigüé en los días siguientes me dejó helada. Al parecer, que hombres ricos se llevarán a las niñas del pueblo era algo muy común en Puerto Esmeralda. Por eso el hombre se alejó como si nada; sabía que nadie la reclamaría. La niña a la que estuvo a punto de llevarse se llamaba Patricia y tenía once años. Fue ella quien me contó que, desde que ese viejo sucio había llegado a la región hace poco más de un año, habían desaparecido veinte chicas, todas de entre diez y quince años. ¿Cómo es que nunca supe de esto? Pero lo más sorprendente era el silencio de la gente de Puerto Esmeralda. ¿Por qué nadie decía nada? Esas veinte chicas desaparecidas eran sus hijas, sus hermanas y sus amigas. ¿Acaso no había nadie que quisiera buscarlas? ¿Acaso nadie las quería de regreso en casa?

—Tal vez yo pueda ayudarlas— le dije a Jan un día que paseábamos por la playa.

—¿Y cómo? — Preguntó desconfiado— ¿Vas a ayudarlas con tus poderes de bruja? Ni siquiera sabes donde las tiene ese hombre.

Para Jan cualquier indicio de magia era algo imposible, y eso no me molestaba. Lo que me dolía en realidad era que no me creyera. Me miraba con desconfianza, incluso por el rabillo de su ojo, como si estuviera medio loca y fuera a salir gritando por las calles como desquiciada.

En un arranque de desconfianza le conté acerca de la historia que lo había traído hacia las Islas. Por supuesto que no me creyó. Hasta preferiría pensar que había tenido una visión del futuro antes de reconocer que yo era capaz de hacer que pasaran las cosas.

Fue por su incredulidad que no le conté que había vuelto a escribir. Eran historias sencillas en donde no sucedía nada interesante; sin embargo, fue gracias a ellas que supe con seguridad que ese poder era real. Si yo escribía que llovía en el puerto; por supuesto que llovía; si escribía que la abuela recibía la visita de una señora de cabellos rojo, así

pasaba; si en el papel Matilde y Sebastián decidían traer una cuerda para saltar, sabía que así lo harían. Todo lo que yo escribía se hacía realidad.

—¡Basta! ¡Deja de estarme cuidando! —exclamé dando un golpe con el puño en la vieja mesa de madera.

—Te conozco, vas a tratar de hacer algo estúpido— me dijo entrecerrando los ojos y con un tono diferente.

Probablemente tenía razón; mis planes para ese momento no eran muy brillantes. No obstante, sabía que debía hacer al respecto y que él no tenía ningún derecho de juzgarme, en especial si no pensaba ayudarme.

—Por lo menos yo intento hacer algo y eso es mucho más de lo que tu o todo el Puerto ha hecho— argumente con la respiración agitada—. Aunque me creas estúpida o loca, yo voy a rescatar a esas niñas.

—¿Desde cuándo te crees la heroína de la Isla del Sur? ¡Vives inmersa en una fantasía! — Gritó furioso; casi pude ver fuego en sus ojos—. Todo lo que dicen tus leyendas no existe. No eres una bruja, no tienes poderes mágicos ni existen los dragones ni una Dama Eterna ni nada que pueda protegerte contra esa gente.

Hubo un silencio largo entre los dos. Durante esta larga pausa nos miramos fijamente. Ya no era la mirada enamorada de aquel día en que regresábamos cargados de papeles, era una mirada desafiante que hacía brillar nuestros ojos por mera necesidad. El casi beso de ese día se había suspendido de modo abrupto y permanente. Mentiría si dijera que no pensaba en ello; en realidad pensaba en ello día y noche. ¡Deseaba tanto regresar a ese momento! Pero no sabía cómo.

Ya desde hacía un tiempo me había notado diferente. Me daba pena estar sucia y, para sorpresa de mi abuela, comencé a bañarme todos los días, sin que ella tuviera que perseguirme. Cada vez que Jan y yo estábamos juntos trataba de ocultar mis manos descuidadas y medio rasposas, y por primera vez me avergoncé de mi cabello alborotado y terriblemente enredado. Quería ser tan bonita como la hija de mi abuela y hacer que Jan se fijara en mí por mi belleza; sin embargo, en ese aspecto yo sentía que no tenía mucho que ofrecer y eso me entristecía. No me quedaba otro remedio que salir así y mostrarme ante él y ante todos tal y como era.

Tomé una hoja de papel que estaba sobre la mesa y me aproximé a la puerta. Podía sentir su mirada furiosa en mí, a pesar de que estaba de espaldas a él. Antes de irme, volteé y le dije:

—No se van a llevar a nadie más.

Me fui corriendo hacia las orillas del puerto, al mercado de los pescadores, atardecía y estaba por cerrar. Allí me senté y, con toda la fe que tenía, escribí una historia más. En ella una chica llamada Abi descubría dónde estaban las chicas secuestradas.

Cerré los ojos y esperé a que el conocimiento del paradero de las niñas llegara a mi mente por arte de magia, pero no fue nada así. Nada. Seguía sin tener la menor idea del lugar donde las tenían secuestradas. Después de un rato me di cuenta que no había funcionado. Empecé a desesperarme y, en un ataque de furia, arrugué la hoja de papel y la lancé lo más lejos que pude. De camino a casa pateé con mi zapato cuanta piedra cruzó frente a mí y metí al bolsillo de la falda un pedazo de carbón que encontré allí. Cabizbaja pensé que tal vez Jan tenía razón; tal vez lo que pasaba cada vez que escribía era mera coincidencia. Lo peor era que si no sabía en donde estaban esas veinte chicas, tampoco podría ayudarlas.

Iba tan concentrada en mis pensamientos que no vi lo peligrosamente cerca que venía un jinete desconocido. En un instante mis pies dejaron el suelo para volar por el aire mientras aquel misterioso agresor me sostenía con fuerza por la cintura y escuchaba mis explosivos gritos de ayuda. Me acababa de pasar lo que estuvieron a punto de hacerle a Patricia y me moría de miedo.

Resentimiento

Jan

Tenía un mal presentimiento. Era tarde y ella no llegaba. Al principio pensé que sería mero capricho, un enojo pasajero, pero ahora empezaba a temer. Conociéndola, la creía capaz de ir a buscar a esas niñas ella sola. Llovía a cántaros y por un momento quise pensar que tal vez estaba en algún lugar refugiándose de la lluvia, pero yo sabía que Abi no tenía miedo al agua.

—¿En dónde estará? —pregunté ansioso a la abuela que se movía nerviosa de un lado a otro en su mecedora junto a la ventana. Creo que se encontraba igual de preocupada que yo.

—Jan, ve por ella.

No me lo tuvo que decir dos veces. Salí corriendo y dos metros después de haber dejado la casa estaba empapado. Y lo peor, no sabía por dónde empezar a buscar. Recorrí las calles del pueblo, casi no se veía nada y las calles estaban inundadas.

—¡Abi!, ¡Abi! —grité una y otra vez, esperando escuchar su voz desde cualquier lugar.

Lo único peor que el remordimiento era la desesperación de no encontrarla. Me sentía tan culpable de haberle gritado; no tenía ningún derecho. Quería protegerla y las cosas habían salido terriblemente mal. El recuerdo de sus ojos decepcionados porque yo no confié en ella me perseguiría por años. Debí haberle creído desde la primera palabra que me dijo. ¿Qué razones tenía ella para mentirme? Había sido un tonto obsesionado en tener la razón.

El agua estaba helada y después de recorrer todo el pueblo aún no la había encontrado. Sólo faltaban el acantilado y el mercado de pescadores. Iba rumbo al mercado gritando su nombre cuando escuché el mío en respuesta:

—¡Jan! -gritó una voz infantil poco conocida.

Era Patricia, que se encontraba igual de empapada que yo.
—Fui a buscarte a tu casa -dijo con la respiración entrecortada—. Se llevaron a Abi.



Fuego

Abi

Tenía mucho frío. Ardía una chimenea, pero aún así sentía frío. El sótano no tenía ventanas y era gris. Había un enorme colchón sucio en medio del cuarto, pero yo prefería sentarme en el suelo, en una esquina, lo más lejos posible de ese colchón, porque cada vez que lo veía me daban náuseas y muchas ganas de llorar. No llorar era mi único propósito en el mundo en esos momentos. Debía tener la mente clara y aprovechar cualquier oportunidad para escapar, por eso no podía desperdiciar mi energía llorando.

Intentaba no recordar lo que me había contado Patricia; sin embargo, me era imposible. Sus palabras resonaban en mi mente una y otra vez, advirtiéndome que quizás ése era mi futuro. Patricia decía que ninguna de las veinte chicas había regresado porque todas estaban muertas; decía que después de que las violaban eran asesinadas y que de ellas sólo quedaban pedazos que nadie había podido encontrar. Veinte chicas muertas y yo sería la número veintiuno.

Me sentía como una tonta por haber hecho un berrinche unas horas atrás. ¡Claro que Jan tenía razón! Yo no podía encontrar a esas chicas y mis historias tampoco iban a protegerme de esos hombres. Las lágrimas se asomaban amenazantes, no iba a poder resistir por mucho tiempo.

Cuando pensé que las cosas no se podían poner peor, dos hombres con aspecto de gorilas me arrastraron fuera del sótano, a pesar de mis gritos y resistencia. Sabía lo que seguía, pero jamás imagine a quién me encontraría en esa lujosa recámara llena de espejos y flores.

—¡Matilde!

Estaba tirada en el suelo, inconsciente y con un ojo hinchado. Me arrodillé y la sacudí para despertarla. Abrió los ojos lentamente y en cuanto me vio me abrazó y

El quinto
dragón

comenzó a llorar. Matilde no podía hablar; me imaginaba lo asustada que debió haber estado cuando esos hombres la raptaron.

—Y encima los malditos te golpearon- dije observando con cuidado su ojo lastimado.

Mi sangre hirvió e hizo que el miedo disminuyera. Tenía que sacar a Matilde de allí, no iba a dejar que nadie le pusiera las manos encima. Estudié las posibilidades: la puerta estaba custodiada por gorilas y las ventanas eran demasiado altas para saltar; aun así consideré que las ventanas podían ser nuestra mejor apuesta. Busqué en la recámara algún tipo de soga larga y lo único que encontré fue un montón de macabras muñecas de porcelana, perfectamente vestidas y ojos de cristal. El miedo me atacó desprevenida al verlas; el hombre que robaba a las chicas estaba enfermo.

Pensé que tal vez las sábanas nos servirían y calculaba cuántas sábanas amarradas se necesitarían para bajar a tierra firme cuando el dueño de la casa se presentó en la recámara.

—¿Adónde van, pequeñas? —preguntó de modo malicioso, justo cuando Matilde y yo jalábamos las sábanas de la camas.

Ambas nos congelamos. El hombre venía acompañado de sus dos gorilas estúpidos que reían ante nuestro asombro. Él se acercó a nosotras y nos jaló del cabello. A mí me aventó al suelo y a Matilde a la cama.

—Espera quieta, que ya te tocará tu turno.

Los gorilas soltaron carcajadas al unísono y Matilde comenzó a gritar y chillar.

Era una pesadilla. Sabía lo que pasaría; sabía lo que ese hombre iba a hacerle a mi amiga. Lo veía manoseándola y jalando su ropa, mientras ella lloraba y trataba de apártalo inútilmente con sus manos. Yo estaba paralizada del terror, escuchando gritos y carcajadas al mismo tiempo, desde un lugar muy lejano en mi mente. Los ojos de Matilde me despertaron, sus ojos llorosos rogaban mi ayuda y yo deseé con todas mis fuerzas poder hacer algo. Me arrojé sobre ellos y jalé la cara y el pelo del perverso.

—¡Déjala! ¡No la toques!

—Ustedes dos, ¡quítenmela de encima!

Un solo par de manos de gorila fue suficiente para levantarme en el aire. Segundos más tarde estaba de nuevo en el suelo, después de haberme estrellado contra la pared. Sentí un dolor punzante en mi brazo y mi cara, no obstante lo que más ardía era mi enojo. Los gritos de Matilde continuaron, cada vez se hacían más fuertes. La ira me envolvía como el fuego, sentí ganas de matar a esos tres criminales con mis propias manos. Entonces vi algo que cayó de mi bolsillo cuando el gorila me aventó a la pared: un pedazo de carbón. Lo tomé sin pensar; solo había una palabra en mi mente y cuando la escribí sobre el suelo de la habitación supe que ese hombre jamás tocaría a Matilde ni a ninguna otra chica, lo supe porque ese hombre iba a morir.

Fuego y él arde

Eso fue lo que escribí. De repente hubo silencio. El hombre cesó de tocar a mi amiga y se alejó de ella rápidamente. Los gorilas se miraron confundidos sin saber que hacer o que esperar. En los ojos del malhechor había pánico. Matilde dejó de gritar y temblando se acercó a mí. Ahora era el turno del hombre para gritar. Empezó como una llama pequeña y su pecho fue lo primero que ardió; el fuego se extendió convirtiéndose en una fogata alimentada por la carne humana y los gritos del hombre. Su piel se derretía como la cera de una vela, mientras el cuerpo en llamas daba tumbos por toda la recámara quemando las cortinas, la cama, las flores y todas las muñecas.

Los dos gorilas huyeron como si ellos también fueran a sufrir una combustión espontánea en cualquier momento. Y yo estaba completamente inmóvil después de mi proeza. Matilde leyó lo que yo había escrito y me llamó; sin embargo, ya no pude escucharla. Mi mente se deslizaba por un túnel largo y negro.

Sin adiós

Jan

Fue Matilde quien salvó a Abi del incendio. Cuando llegué a la mansión, ya ardía hasta el último de sus rincones y las llamas iluminaban la noche, mientras Matilde ayudaba a caminar a Abi por el sendero que conducía al pueblo. Al verla, la llevé a casa en brazos e inconsciente.

Cundo cesaron las llamas, los pobladores se asomaron para ver qué quedaba de la que alguna vez había sido la propiedad más rica de la zona y se encontraron con una aterradora sorpresa: veinte esqueletos. Eran las niñas que se había robado desde que aquel hombre llegó. Y un cuerpo más. Un cadáver completamente calcinado por las llamas. Nadie lo dijo; pero todos pensaron que era un castigo justo.

Abi no había pronunciado palabra alguna en casi dos semanas. La abuela y yo prácticamente teníamos que obligarla a comer y a beber agua. Tenía la mirada perdida, no se movía y apenas respiraba. Era una muñeca de trapo ¿Qué podía hacer? Me ganaba la desesperación; le había hablado, gritado y poco me faltó para abofetearla. Cada día le suplicaba que reaccionara, pero ella no me escuchaba; seguía perdida en algún lugar de su mente llena de leyendas.

"¿Qué habrá pasado?", me preguntaba una y otra vez. "¿Le habrá hecho daño ese hombre?" Ni siquiera podía pensar en ello. Aunque hubiera querido, ya no podía vengarme. Él estaba muerto. ¡Y de qué manera! De él sólo habían encontrado trozos de huesos, un pedazo de pierna y otro de brazo, lo demás eran cenizas. Matilde dijo que el incendio comenzó antes de que él pudiera hacerles daño; sin embargo, sentía que ocultaba algo; tampoco me quiso decir cómo empezó el incendio. Desde entonces, Abi no hablaba. "Por lo menos está viva" me repetía aliviado cada vez que acariciaba su mejilla.

Deseaba tanto que volviera en sí, que por las noches, antes de dormir, le contaba su leyenda favorita: El Canto de Arhén.

Dos figuras vuelan perdiéndose entre el mar y el cielo...

*El quinto
dragón*

Así no comenzaba la historia, pero a mí me parecía que no había frase que encajara mejor. Era un poema kichéh que trataba de un clan de dragones muy estricto a quien no le agradaba el trato con los humanos y, para evitar cualquier contacto con ellos, vivía en las montañas del norte.

Ellos permanecían como dragones todo el tiempo y sólo salían de su territorio y tomaban forma humana con un propósito: traer más dragones para que se integraran al clan. Tenían un sexto sentido que les decía cuando un dragón estaba por aparecer y magia muy antigua que les indicaba el lugar exacto donde sucedería.

Aunque podían pasar meses antes de que un nuevo dragón se manifestara, siempre mandaban a uno de los suyos a proteger y convencer al nuevo dragón de que se les uniera.

En cierta ocasión mandaron al más joven del grupo, un dragón que tenía fama de ser insubordinado, llamado Arhén, cuyo nombre significaba "oscuro". Le dieron la oportunidad, convencidos de que el deber le ayudaría a enmendar su comportamiento rebelde; sin embargo, él se tomó la encomienda como una aventura que le permitiría jugar a ser humano un rato. Tenía mucho tiempo sin ser hombre y, en cuanto volvió a probar la deliciosa comida de la posada donde se hospedaba, se cuestionó si no se había apresurado a unirse al clan.

Pronto descubrió que el pueblo donde se había instalado estaba lleno de cazadores de dragones. Fue en el tiempo en que los hombres dejaron de tenerles miedo, porque sabían cómo matarlos, y se dedicaron a cazarlos como si fueran cualquier animal. Desde que descubrieron que el mismo corazón de un dragón servía de arma contra ellos, empezaron una gran cacería que casi resultaría en la extinción de los dragones. Arhén no sólo tendría que ser muy discreto en su labor, sino que tal vez tendría que defender al dragón novato. No sería una tarea fácil rodeado de cazadores expertos, aunque tal vez todo hubiera salido bien de no ser por Victoria, la hija de la posadera.

Al principio Arhén ni la notó. Ella lo saludaba y le servía a diario su comida y él jamás la miraba, para evitar levantar sospechas ante preguntas que no podía contestar. Esas barreras no le durarían. El día que por accidente la vio sonriendo dejó de ser el mismo y cambió la historia de ambos. Victoria era linda, aunque no la más bonita del pueblo; sin embargo, había algo especial en ella: la extraña cualidad de iluminarlo todo. En el pueblo era muy estimada por su característica alegría e inagotable brillo.

Tampoco Arhén logró escapar de su magia. Después de ese día no logró quitarle los ojos de encima; le impresionaba que un humano pudiese irradiar tanta energía y por un

momento fugaz pensó que tal vez ella era el dragón que buscaba. Algo fuera de su control lo obligó a hablarle. Sin decirle lo que era, le habló acerca de las montañas blancas y eternamente heladas del norte y de todas las tierras que había visto camino al pueblo aquel. A pesar de que Victoria había cumplido la mayoría de edad hacía unos meses, jamás había salido del pueblo; su vida era atender la posada junto con sus padres y, hasta la llegada de Arhén, pensó que eso haría toda la vida. Nunca deseó estar fuera de casa mucho tiempo; sin embargo, un efecto desconocido surgió en ella al escuchar a su nuevo amigo acerca de hombres y mujeres de piel oscura y dialectos incomprensibles o acerca de las olas del mar o del desierto que parecía no tener fin. Comenzó a soñar.

Un par de meses más tarde ambos se encontraban locos el uno por el otro, aunque ninguno de los dos se atrevía a comentar algo. Arhén sabía que el nuevo dragón estaba por aparecer y que en poco tiempo tendría que dejar la posada y a Victoria para regresar al norte con un nuevo integrante para el clan. Deseaba con todas sus fuerzas que ese dragón jamás apareciera, para que él pudiera quedarse allí para siempre. Sin embargo, no fue así. El dragón novato por fin apareció e hizo tal escándalo que los cazadores fueron enseguida por él. Arhén llegó justo a tiempo y pudo rescatar a su nuevo compañero antes de que le hicieran daño, aunque no sin revelar su identidad a los presentes.

A pesar de que las instrucciones del jefe del clan habían sido muy claras al indicarle que regresara en cuanto tuviera al nuevo miembro, Arhén no pudo irse así como así. De seguro, ya para esas horas, Victoria sabría lo que era él y no podía imaginarse todo lo que ella pensaba. Necesitaba verla. Dejó a su amigo bien escondido en un bosque cercano y al caer la tarde se lanzó en busca de Victoria para darle una explicación.

Trepó por su ventana y en cuanto la tuvo en frente le dijo:

—Perdóname por no habértelo dicho; no podía, tenía miedo de que me odieras. Por favor, no me odies, tú no.

Por supuesto que Victoria no lo odiaba ni por la mentira y mucho menos por ser lo que era. Al contrario, ella lo hubiese querido así le hubiera confesado que era un caracol o un elefante. Estaba dispuesta a huir y dejar todo atrás con tal de estar a su lado y él sentía lo mismo. Arhén tomó la decisión de dejar el clan e irse a vivir a una tierra neutral para dragones y humanos con Victoria. Le juró que regresaría como un hombre libre después de conducir al dragón novato a las montañas del norte.

Victoria esperó durante días y semanas que pronto se convirtieron en meses. Al principio esperó ilusionada, pensando en el regreso, soñando con una vida en tierras que nunca había visto, al lado de un dragón color azul medianoche. Con el pasar de los meses,

la duda entró en su corazón. "Tal vez se ha olvidado de mí", se decía en las noches, escondida entre su almohada. "No soy más que una aldeana". Arhén le había contado que al clan no le agradaban los humanos y, al recordar el desprecio que sus hermanos sentían por alguien como ella, tuvo una idea: se convertiría en dragón.

El más memorable huésped de la posada se había quedado apenas una noche. Era la nana kichéh de una acaudalada familia a la que acompañaba en su viaje para hacerse cargo de los niños, quienes tenían la misma edad de Victoria en ese entonces. La joven recordaba bien en esa ocasión, a pesar de haber tenido apenas ocho años, y lo hacía por la historia que la nana les había contado a los pequeños. La leyenda de una mujer que vivía en un lugar llamado Isla Azul. Una mujer que concedía deseos y que había sido capaz de transformar hombres en dragones. Algo en los ojos de la nana le dijo que esa historia tenía que ser cierta.

Su deseo de estar con Arhén hizo que creyera en esa historia, lo que la llevó, no sólo a huir de casa, sino a recorrer sola tierras desérticas y peligrosas, a cruzar mares, atravesar islas y finalmente a encontrar Isla Azul y a aquella mujer que concedía deseos a diestra y siniestra.

—Quiero ser un dragón —le dijo a la Dama Eterna cuando la tuvo frente a ella—. Quiero ser un dragón para poder estar con quien amo.

La Dama Eterna, que conocía el destino de las personas, insistió en que ése no era el camino para estar con Arhén y le aconsejó que regresara a casa.

—No, ya he esperado demasiado —le respondió Victoria, que por su necesidad esperaría aún más.

La Dama Eterna le concedió su deseo y la joven salió de Isla Azul convertida en un hermoso dragón blanco y de ojos dorados.

Victoria voló presurosa hacia las montañas del norte, dispuesta a integrarse al clan inmediatamente y a hacer todo lo que ellos le pidieran con tal de estar al lado de Arhén. Lo que encontró al llegar le cambiaría la vida y adelantaría su muerte. Las cuevas que servían de refugio para el clan estaban vacías. La joven dragón no sabía qué hacer o adonde se habían ido. Revoloteó por los alrededores y fue así como encontró un campo de batalla, lleno de cadáveres de hombres y dragones. La batalla debía de haber sido tiempo atrás. Casi se vuelve loca buscando entre ellos algo que pudiera identificar a Arhén, pero no encontró ninguna pista.

Lo que Victoria no supo y jamás sabría era que, después de su desaparición, todos en el pueblo culparon a Arhén y un gran número de cazadores unieron fuerzas y marcharon hacia el norte para rescatarla. La batalla entre humanos y dragones había sido inútil, puesto que los dragones no tenían idea de quién era Victoria y los humanos tampoco pudieron encontrar a Arhén y vengarse de él. El dragón acababa de renunciar al clan e iba de camino a buscar a Victoria, sin saber que ella estaba en Isla Azul en esos momentos. Así que al final de cuentas la Dama Eterna tenía razón en decirle que regresara a casa; si lo hubiera hecho, Arhen la hubiera encontrado y tal vez no hubieran muerto tantos.

Victoria murió como humana, de frío y desesperanza, sin saber todo eso y sin percatarse de que a lo lejos se vislumbraba un dragón azul, el mismo que dedicó todos los días de su vida a buscarla.

Desde entonces dos dragones fantasmales recorren el firmamento, buscándose el uno al otro, sin encontrarse jamás y sin poder descansar en paz. Se dice que en noches cuando la luna brilla de forma espectacular se escucha el canto de un dragón, cuyo fantasma llama cansado a quien perdió hace mucho tiempo.

No entendía por qué a Abi le gustaba tanto esa historia; el final era deprimente. Yo prefería no creer en nada de eso; era suficientemente triste contemplar a mi mejor amiga recostada en la hamaca con los ojos brillantes abiertos como platos. Así premiaba el destino a sus héroes. ¿Cómo podía creer ella en todas esas historias? ¿Cómo podía creer en todo lo bueno? La gente de puerto Esmeralda la catalogó de bruja desde el primer día; ni siquiera dejaban que se les acercara, ¿qué rayos fue lo que la hizo querer ayudarlos? No se lo merecían. Si la situación hubiera sido la contraria, ellos no hubieran movido un dedo por ella.

Los días pasaban lentos; no había mucho que hacer. A veces la llevaba de paseo por la playa de la mano; ella se movía despacio y arrastrando los pies. Le contaba de nuestros paseos por la costa y de cómo alguna vez ella y otros dos niños escribieron el abecedario completo sobre la arena de ese lugar. Matilde y Sebastián venían todos los días, trayendo consigo regalos para Abi; en la casa se acumularon centenares de conchas de mar y granos de arena. Los niños miraban con rostro triste a su amiga; aquella quien jugando les había enseñado todas las letras y miles de palabras se habían transformado en un fantasma viviente.

—Por favor, Abi, tienes que despertar, tienes que vivir —susurraba Matilde a punto de llorar, cada día que el sol estaba a punto de ocultarse y cuando su visita terminaba.

Un día más perdida en la oscuridad.

Dormía junto a ella y la abrazaba, no porque creyese que ella tuviera miedo; en realidad, el que tenía miedo era yo. Todas las noches dormía dándome la espalda y yo me aferraba a ella porque no quería dejarla ir. Durante nuestros últimos paseos lo único que había llamado su atención era el acantilado. Se quedaba plantada en el mismo lugar, observando aquel risco, como si calculara un riesgo o estuviese hipnotizada por él. Me dio miedo la forma en que lo veía; desde entonces dormí junto a ella. Su aroma me intoxicaba; sé que nunca olvidaré el perfume de su piel. Podía adivinar cada uno de sus huesos. Sus manos se entrelazaban con las mías. Hundí mi cara en su pelo y entonces comprendí que la amaba. Abi, mi mejor amiga, la única, a la que seguiría hasta el fin del mundo, con o sin recuerdos, con la que pasaría el resto de mis días en ese pueblo y no me importaba. Todo con tal de estar junto a ella, todo con tal de verla feliz.

—Jan...

Estaba casi dormido o tal vez soñando cuando ella me llamó. Incluso entre sueños podía reconocer su voz.

—Jan...

En mi sueño ya no me da la espalda, me llama otra vez y me mira con sus prodigiosos ojos dorados.

—Tengo que irme —me dijo mientras acariciaba mi cara.

Yo aferro mis manos a su espalda y la estrecho contra mí. Quiero pedirle que no se vaya y no puedo porque estoy dormido. Ella me acaricia el rostro y el pelo. Está tan cerca que su nariz roza la mía, puedo sentir su aliento, su rítmico respirar que jala aire de mi propia boca. Ese beso que nos robaron aquel día en la callejuela está aquí; puedo sentir sus labios tocando los míos, su boca es húmeda e impaciente, se mueve como si únicamente le quedaran unos momentos y no la vida entera. Y sólo por ese instante, soy por completo feliz.

Entonces abrí los ojos y desperté. Ella ya no estaba. Me bastó un salto y dos pasos para salir de la casa. Afuera, voltee para todos lados sin verla. Entonces me golpea el más terrible de los presentimientos. Ni siquiera me detuve a pensar si podía ser o no, salí corriendo rumbo a la punta del acantilado, rogando que no estuviera allí. De nada sirvió; en cuanto pude ver el risco se dibujó en su punta una diminuta y oscura figura. "Tengo que llegar a tiempo", me ordenaba y gritaba a mí mismo, furioso de miedo, asfixiado en

angustia, mientras la malvada arena se comía mis pasos y me hacía más lento. Mis piernas se convirtieron en hilos en la subida. ¿Cómo había hecho ella para subir tan rápido?

—¡Abi, no! —le grité desesperado, sin importar la falta de aire en mis pulmones.

Ella se encontraba a unos pasos, me daba la espalda y yo estaba listo para lanzarme sobre ella si intentaba caminar hacia adelante.

Nunca olvidaré ese momento. Abi se dio media vuelta y me miró. Sus ojos fijos en los míos me decían que por fin había despertado de su estado de catatonia y por un momento sentí un gran alivio, aunque no duró mucho tiempo. Sus ojos brillaban de forma extraña, eran como dos soles, fuego incandescente puro. Me quedé inmóvil, sorprendido e hipnotizado. Menos de un de un segundo más tarde ella se tiró por el acantilado.



Segunda parte
(3 años después)

El silencio

Jan

Yo no tenía diecinueve años. No se puede vivir una guerra y seguir teniendo diecinueve. ¿Cómo describirlo? No lo sé llega el momento en que todo es tan callado. Sí, llega el momento en que la tierra se estremece y no es posible ver otra cosa que no sean las balas que llueven de arriba abajo, vuelan y nos persiguen; entonces uno se ve rodeado de los cadáveres de los hombres con quienes compartió la mesa muchas veces; los vemos reír y hablar y saludarnos, los vemos llenos de sangre, con la cabeza hecha pedazos y medio intestino de fuera, y sabemos que dentro de poco estarán llenos de gusanos. Entonces ese silencio nos envuelve y nos salva de vomitar y con suerte hasta dormir, es tan grande ese silencio, que evita que uno escuche sus propios gritos de terror: uno grita tan fuerte porque ha visto demasiado y si no lo hace corre el riesgo de volverse loco. Yo no tengo diecinueve años, no soy un chico ni un hombre. Soy un soldado.

¿Cómo fue que me convertí en un soldado? Tantas cosas pueden pasar en tres años...

Me gustaba ser ágil como una sombra, esconderme y volverme invisible como un fantasma. Me gustaba ver como las flechas ardiendo con fuego salían disparadas y como las llamas consumían su objetivo. El ruido ensordecedor de las balas provocaba una turbación deliciosa, como si me asomara a un precipicio sin saber si caería o no. Entrenar, pelear, correr eran una bocanada de aire, un descanso que me permitía no pensar ni recordar. Sin ello me hubiese vuelto loco. Por esa cordura temporal pagaría muy caro, por ser un buen recluta iría al frente a defender una patria que no era mía y a un emperador que no comprendía. Un año atrás, la posibilidad de una guerra era impensable. Los soldados imperiales solo entrenábamos por tener algo en que ocuparnos. Nadie se levantaría en contra de un soberano tan poderoso. Todos se equivocaban.

La noche en que esto comenzó el emperador celebraría sus quince años en el trono y como soldado del imperio debía asistir al festejo. Danya me pidió que fuera con

*El quinto
dragón*

ella al baile de celebración y no me negué. Nunca me negué; le debía la vida, qué más daba complacerla yendo a todos los bailes que ella quisiera.

Vi mi imagen reflejada en el espejo y me reí. Vestía mi traje militar de gala, saco blanco con motivos azul celeste y pantalones azul marino. Parecía un payaso. Mi cabello alguna vez indomable y greñudo, estaba considerablemente más corto y arreglado. Todo mi aspecto era limpio, impecable y sin arruga. Abi se hubiera burlado de mí, podía verla en ese justo instante riéndose. Pensar en ella me causó el acostumbrado dolor en el pecho.

Ni modo. Aunque el fantasma de Abi se burlara de mi apariencia, yo debía encontrarme con Danya en el vestíbulo y ya se me había hecho tarde. Danya y su vestido rosa ya me esperaban para entrar al gran salón. ¡Qué diferente se vería unos meses después! Vestida con pantalones militares, su larga trenza y todas las preocupaciones del imperio sobre ella, ya casi no podía distinguir sus rasgos de princesa. Sin embargo, esa noche se veía impecable y sin ningún rastro bélico encima. A pesar del entretenimiento y el esplendor que la fiesta prometía, yo, como siempre, no deseaba estar ahí y me animaba diciéndome que sólo serían unas cuantas horas. Adentro, se notaba que no se había escatimado en gastos, todo era transparente, todo era de cristal y diamantes, todo era derroche. Miles de estrechas cristalinas colgaban de hilos tan finos que parecían estar suspendidos en el aire con magia. Saludé a varios oficiales y compañeros, escuché atento la plática de otros, comí, felicité al emperador y bailé con Danya. Todo esto en forma mecánica. Un baile más, en donde me comporté como siempre. Todo era esplendido, la cena exótica y deliciosa, la música animada, la noche perfecta; sin embargo, yo estaba muy lejos de allí.

—¡Quiéreme a mí! —me susurró Danya mientras bailábamos—. Ella ya no está. Ella ya no existe.

Danya tenía razón, Abi ya no existía y yo llevaba más de dos años esperando que reviviera. ¿Cómo superas la muerte de tu mejor amiga? ¿Cómo dejas de pensar en la persona que más amas? Me perseguía su mirada dorada, aún olía el aroma de su piel. Me torturaba ese último beso, el único; me mataba la rabia porque sabía que no habría más. Abi se ahogó en el mal la noche de mi descuido. A pesar de que salté de tras de ella, la busqué y acabé con mis fuerzas nadando, jamás pareció.

A Danya le debo la vida. Fue ella quien me salvó de ahogarme, y me llevó a la playa moribunda, deshidratada, con los labios resquebrajados, balbuceando entre mis delirios. Más que humano, parecía un animal marino que desfallecía. El día que los ojos verdes y la cabellera de princesa de Danya me encontraron, yo no estaba consciente; si lo hubiera estado hubiera rogado porque me dejaran morir en esa playa y me volvieran a arrojar al

mar. No obstante, Danya tenía otros planes. Hizo que sus poderosos guardianes imperiales cargaran conmigo, un verdadero trapo humano, y me llevaron a su castillo azul. Ahí permanecí semanas y semanas, navegando en la inconsciencia, ahogándome entre las finísimas sábanas, viendo a Abi una y otra vez, persiguiendo su fantasma, aún en la torre más alta del castillo, incluso a travesando la muralla indestructible de la ciudad. Hasta ahí llegaba su fantasma, hasta ahí llegaba mi delirio.

La noche del gran baile habían pasado dos años desde que ella se había ahogado, desde que Danya me rescató y me trajo a la ciudad Amurallada. No me quejaba, mi vida allí era cómoda. En cuanto me recuperé de la insolación, Danya me confió al comandante de las fuerzas imperiales, y así comencé mi entrenamiento como soldado.

Me gustaba ser soldado, me gustaba sentir la fría empuñadura de la espada en mi mano y la fuerza que escondía una simple pistola. Me gustaba moverme con anticipación y rapidez, como si adivinara los movimientos de mi enemigo. Me gustaba el ejército porque ahí nadie me juzgaba por mi rabia, al contrario, la furia era símbolo de respeto y hombría. Sentía tanta ira que pude haber matado a cien hombres sin que esta se calmara. Sin importar lo que hiciera y cuanta furia sintiera aún la extrañaba. Me dolía saber que habíamos sido completamente felices y que por unos meses no nos hizo falta nada. Si hubiera sabido todo lo que pasaría y que nuestros días juntos estaban contados, me la hubiera llevado lejos de aquel maldito acantilado, mucho antes de que comenzara a caminar dormida o que supiéramos de las niñas desaparecidas, mucho antes de que fuera demasiado tarde.

—Jan, quíereme a mí. —repitió Danya, esta vez con menos energía.

No le contesté, nunca contestaba a esa petición. A lo lejos escuchaba a los violines, el piano, y a la orquesta entera. No tenía ni la menor idea de qué tocaban, tampoco me interesaba; todas las piezas me parecían iguales. Hacía mucho que había dejado de tararear canciones. Ya no me gustaba la música.

—¿Cuándo vas a besarme?

No me sorprendió su pregunta, no era la primera vez que lo hacía. La planteaba cada vez que tenía la oportunidad, muy especialmente en los bailes. Para esta pregunta sí tenía una respuesta.

—Ya te dije que cuando cumplas la mayoría de edad.

Danya era la única hija del emperador y tenía catorce años, así que aún le faltaban cuatro años para que fuera mayor de edad; estaba a salvo. ¿Qué haría cuando ella

cumpliera los dieciocho? Sin ánimos de ofenderla, tenía pensado mudarme a las Islas del Norte. Para mí ella sería siempre una chiquilla.

—¿No podríamos adelantarlo? —me preguntó esperanzada.

—De ninguna manera.

—Pues tú te lo pierdes —me amenazó bromeando como siempre.

—Bajo mi propio riesgo. —respondí como lo hacía en todas las ocasiones.

El emperador estaba enterado de la gran sorpresa que le tenían reservada para celebrar su aniversario. Un emblema que simbolizaba toda su fuerza y el mayor logro como gobernante: haber matado al último de los dragones hacia más de doce años. Ese emblema era un cetro que contenía el último corazón de dragón. Cuando lo tuvo en sus manos contempló la enorme esmeralda en la punta y sus ojos satisfechos proclamaron a todo el mundo que él era invencible. ¡Qué equivocado estaba!

Cuando viví en Puerto Esmeralda jamás me pregunté acerca de la geografía de las islas. Yo vivía en mí mundo, con mi mejor amiga y poco me importaba lo que había fuera de él. Estando en la Ciudad Amurallada aprendí que esta era la capital de la Isla del Sur y existían otras islas con otros gobernantes y otra gente que no era del todo pacífica. Esa noche, mientras el emperador dormía abrazado a su cetro, uno de los entró de manera violenta en su recámara real para comunicarle que los ejércitos de las demás islas se habían unido en su contra y ya habían invadido parte de su territorio. Las celebraciones terminaron, nosotros partimos al desierto para enfrentarnos con los invasores y la guerra comenzó.

Jamás hubiera pensado que la Isla del Sur fuera tan grande y que, además del extenso mar y de la vegetación húmeda, también tuviera un desierto interminable, con fronteras tan vulnerables.

—Dicen que nos invadieron porque nosotros teníamos planeado hacerlo primero— dijo Danya una noche en el campamento—. ¡Qué tontería!

Ella había decidido venir con nosotros al desierto, a pesar de las noches heladas y del infierno de los días. Ella también había cambiado, a pesar de nunca haber estado en batalla. Ver una pila de hombres destrozados es suficiente para cambiarle la vida a cualquier chica. Después de unos meses, en su cara comenzaba a dibujarse el rostro de la desesperanza. Estábamos perdiendo la guerra.

—No entiendo como tú padre dejo que vinieras— le reproché sin consideración—. Este no es lugar para ti, deberías ir a casa.

—¿Y quedarme bordando pañuelos con una madre que me odia? —preguntó riendo—. De seguro esa es una digna tarea para la heredera del trono.

En esos mese de atender heridos, de ver brazos y piernas ausentes, y muertos antes de su tiempo, Danya había crecido lo que le tocaba crecer en diez años.

—Quiéreme a mí antes de que vuelas en pedazos. —Me repitió en medio de un campamento caótico.

En esa ocasión sentí la fuerte obligación de besarla. Pensé que ésa debía ser su recompensa por haber crecido tan rápido, por haber visto cosas que gente tan joven no debería ver, por decir estar con su gente en lugar de quedarse a bordar pañuelos, porque tal vez al día siguiente sería nuestra última batalla antes de perderlo todo y porque muerto ya no podría besar a nadie. Entonces la besé, sin sentir culpa, sin sentir amor.

Danya sonrió con los ojos cerrados y sin mirarme a la cara se dio media vuelta para alejarse de mí.

—La sigues queriendo a ella, ¿verdad?

Fantasmas que ayudan

Cabalgué rumbo a la batalla como muchos otros, consciente de que tal vez no regresaría. El amanecer del desierto era lento y limpio, no había momento más espectacular y todos pensamos que era un presagio para volverse mártires y no héroes.

No le tenía miedo a morir, para mi gusto había vivido tres años de más y tenía la remota esperanza de que al morir me encontraría con ella. No le tenía miedo a la muerte, aunque sí a ese silencio maligno de las batallas, al temblor que la muerte deja al pasar, al torbellino de partes revueltas y a la peste de la carne quemada. Deseé morir rápido para no presenciar eso.

La cabeza del emperador se había vuelto gris en el último año su cara también se llenó de arrugas y sus ojos de fantasmas. Los hombres cercanos a él e incluso hasta la misma Danya contaban que el gobernante no dejaba de murmurar:

—Estoy pagando, se que lo estoy pagando.

¿Qué era lo que pagaba? No tenía ni idea, pero el remordimiento se le notaba hasta en la forma de cabalgar. Sabía que ante la unión de las demás islas no tenía escapatoria y que su destino terminaría en el funeral. A veces me preguntaba si ya estaría resignado a perder. Si así era, entonces sacrificaría la vida de sus hombres en vano.

De la batalla recuerdo poco. Recuerdo hombres a mis costados cayendo y quedándose atrás, las dunas salpicadas de sangre y cuerpos torcidos, recuerdo la soledad de avanzar entre las tropas enemigas y el silencio. El campo de batalla era el lugar perfecto para que yo desquitara mi enojo con gente que nunca había visto, para matar, para liberar la ira acumulada en esos años. Sin embargo, algo me detenía y nunca lo lograba antes de que pudiera hacer algo llegaba el silencio que adormecía mis emociones. Veía la pólvora entre el humo negro y los soldados inertes que brotaban de la tierra, amigos y enemigos se amontonaban uno contra otro en el suelo; nadie elegía el lugar donde se echaría a morir. ¿Cuánto tiempo había pasado? Perdí la noción del tiempo y mis brazos dolían. Empecé a desesperarme por no caer junto con los otros, consideraba que

no era justo que siguiera en pie, vivo, mientras que a los que en verdad deseaban la vida los había arrancado de ella.

Entonces un elemento nuevo llegó al campo de batalla: el fuego. No solo en la arena, entre los cuerpos, sino también en el aire y en todos lados. El desierto se convirtió en un infierno. Confundidos, todos paramos de pelear y miramos al cielo, el lugar de donde provenían las llamas.

El emperador se había equivocado en muchas cosas y las más importante de ellas era que no había matado al último dragón, puesto que cuatro de ellos revoloteaban el cielo rojo justo en ese momento. Los cuatro dragones eran serpientes voladoras sin alas, con plumas en lugar de escamas y poderosas garras en lugar de brazos. El más grande de ellos era rojo, o casi anaranjado, y terrorífico desde cualquier ángulo; también había uno azul y uno verde que parecían animales marinos que nadaban, en lugar de volar, y por último el más pequeño de ellos, un dragón blanco de ojos dorados, el cual brillaba con cada movimiento.

A pesar de que todos corrían, me fue imposible no quedarme a contemplarlos aunque fuera un minuto; hasta ese día nunca había creído que existieran. ¿Qué hacían allí? ¿De qué lado estaban? Ninguno de los dos bandos lo sabía; por eso, ambos nos retiramos antes de ser acecinados por los dragones. El peligro me hizo despertar y correr como los otros.

Esa noche los que regresaron al campamento se sentían felices de estar vivos y secretamente aliviados de que aquellos seres hubiesen aparecido de la nada, sin importar de cual parte estuvieran. El káiser era el único que, más que preocupado, parecía fuera de sí de la angustia. Caminaba de un lado a otro con pasos rápidos y la cara enrojecida casi al borde de las lágrimas.

—¿Qué pasa papá? ¿Por qué estás así?— Le preguntó Danya.

—Han venido por mí— Respondió como loco—. Han venido a castigarme por matar a uno de los suyos.

El emperador se sentía muy orgulloso de haber matado al último dragón. Siempre proclamó que lo hizo porque el dragón había atacado su ciudad y que, como gobernante era su obligación proteger a su gente. Me preguntaba si los dragones que habíamos visto entenderían sus razones o lo matarían de inmediato.

En realidad, no iban a matarlo, y el emperador lo averiguaría esa misma noche, cuando cuatro forasteros se abrieron paso entre las tropas para hablar con él. Eran tres

hombres y una mujer y ninguno de ellos vestía uniforme militar. Yo los vi pasara y los miré de reojo. Los hombres eran de diferentes razas y dos de ellos eran muy altos, el tercero era bastante bajito. Los tres rodeaban a la mujer, una joven de piel pálida y cabello largo y oscuro, cuyos ojos dorados reconocí al instante. Era ella, era Abi.

Olvidé respirar y mi corazón me latía en los oídos. ¿Acaso su fantasma había decidido perseguirme hasta allí? Avancé entre las tropas, aventando cualquier obstáculo; ni si quiera me permití pestañear por miedo de que esa alucinación desapareciera. Ella siguió avanzando con sus pesadas botas negras y se detuvo cuando tuvo de frente al emperador.

—Buenas noches, su majestad —Saludó cortés—. Vengo a hablar con usted. Vengo a ofrecerle un trato.

Los murmullos de los alrededor callaron para escuchar la oferta de aquellos desconocidos.

—¿Y tú qué puedes ofrecerme, niña?

Abi sonrió, como sonríe alguien que sabe perfecto lo que tiene que hacer para ganar.

—¿Le sirvió la ayuda que le prestamos hoy? Creo que lo salvamos de la derrota.

—¿Quiénes son ustedes? Preguntó el emperador delatando su nerviosismo en la pregunta.

—Nosotros somos quienes lo ayudaron hace unas horas —Respondió tranquilamente—. Nosotros somos los amos de los dragones que vieron hoy.

La boca del káiser no fue la única que se abrió ante semejante revelación. Un murmullo generalizado terminó convirtiéndose en gritos y habladurías; por unos minutos el campamento se convirtió en el mercado de pescadores de Puerto Esmeralda.

—¡Brujos! — Gritó alguien de entre la multitud.

—¡No acepte nada, emperador! ¡Son brujos! — Exclamó alguien más.

El descontento podía probarse a cada segundo que pasaba.

—¡No somos brujos! — Exclamó Abi con tal firmeza que calló al campamento entero—. No cabe duda de que la gente nunca cambia— Dijo algo fastidiada a sus compañeros.

—¿Entonces qué son? — Preguntó un oficial de alto rango.

Abi suspiró molestia.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? No somos brujos, simplemente controlamos dragones— Explicó—. ¿Va a escuchar mi propuesta o prefiere que nos vayamos?— Preguntó al emperador.

—Está bien, escucho.

—Nosotros vamos a ayudarlos a sacar de la Isla del Sur a las tropas invasoras.

—¿A cambio de qué? —preguntó desconfiado el emperador.

—A cambio de que nos dejen vivir en paz.

—Necesito tener más detalles, niña.

—Y yo se los voy a dar no se preocupe —dijo—. Nosotros nos encargaremos de asustar al ejército enemigo para que ellos crean que somos sus aliados. Si no me equivoco, ellos no saben cómo combatir dragones ya que no han matado uno en siglos, así que no pueden hacernos daño.

—¿Por qué habría de creerles? ¿Por qué hacen todo esto?

—Digamos que deseamos evitar más derramamiento de sangre y queremos dejar de vivir escondidos —respondió—. Ésa es la única parte que a usted le toca cumplir: no hacerle daño a ninguno de los míos.

Parecía un trato sencillo e inofensivo, lo cual, por supuesto, hizo que el emperador tuviera sus reservas y callara por varios minutos. Todas las miradas estaban sobre Abi y sus acompañantes. Había crecido en esos tres años, su piel se había tornado pálida y su cabello enredado estaba acomodado en ondas largas y negras. La firmeza de su voz la hacía parecer otra, pero yo no dudé un segundo de que fuera ella.

—No tiene que contestarme ahora —sugirió Abi—. Piénselo y cuando tenga una respuesta haga que uno de sus hombres cabalgue dos horas hacia el norte, ahí estaré.

La conversación terminó. Los forasteros se dirigieron al final del campamento y salieron de él. No fui el único que intentó seguirlos, tampoco el único que se sorprendió al ver lo rápido que desaparecieron.



Decepciones

— ¡ Por supuesto que son brujos! —era lo único que los soldados eran capaces de concluir—. ¿De qué otra forma se puede controlar a un dragón?

No me quedé a escuchar las conclusiones de mis colegas; en cuanto los desconocidos desaparecieron, fui por mi caballo y cabalgué dos horas hacia el norte, como Abi lo había indicado.

Cabalgué, imaginando su cara al verme y lo que diría. Durante esa cabalgata fui feliz y tuve miedo de que todo fuera algún truco. ¿Cómo resucitaban los muertos?

Al llegar vi un campamento pequeño y sencillo, con cuatro pequeñas tiendas alrededor de una fogata. Abi se encontraba sol, muy cerca del fuego calentándose las manos y con los ojos somnolientos. Sonreí. Tenía que ser ella. Me acerqué temblando sin tener que decir y me quedé parado hasta que ella percibió mi presencia.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Tan rápido mandaron la respuesta? — me preguntó sin inmutarse.

—No, no me mandaron —conteste extrañado de su pregunta y tono.

—Ah.

Silencio. Ella parecía estar tan en control de sí misma, o tal vez no sentía nada y a mí me traicionaban los nervios. Frente a mí estaba lo que tanto había deseado, lo que más me dolía y lo que más quería. Tenía tanto miedo de que se desvaneciera que tuve que contenerme para no lanzarme sobre ella y dejarla ir. Mis ojos seguramente delataban mis intenciones.

—¿Entonces a qué has venido, Jan? —Preguntó entrecerrando los ojos y cruzándose de brazos—. ¿Te mandaron para espiarme?

Todas las palabras que había acumulado para ella en los últimos tres años desaparecieron. ¿Cómo podía pensar en eso? La alegría y el agradecimiento que sentí al

verla viva se transformó en centenares de preguntas acumuladas y, en segundos, la ira que acumulaba para pelear se apoderó de mí.

—Me debes una explicación —mi tono era como el fuego de un dragón.

—¡Ja! —soltó ella—. ¿Estás jugando? No tengo porque explicarte nada.

Fue demasiado. Pude haber echado fuego a través de los ojos en ese momento. Ni si quiera me percaté cuando comencé a hablar, o mejor dicho gritar:

—¡Pensé que estabas muerta! Pasé tres años pensando que te habías ahogado. ¡Tres años! Te vi arrogándote de un acantilado y ¿sabes lo que hice? ¡Salté de tras de ti! Te busqué hasta que casi me muero yo también.

—No tenías por qué —dijo altanera.

—¡Claro que tenía por qué! —grité—. Si hubiera sido un perfecto extraño, tal vez me hubiera evitado la molestia —sentía que la lengua me quemaba y estaba a punto de soltar algo que no quería—. Pero yo era tú amigo. Yo te a...

Entonces la vi. Fue solo un segundo o tal vez menos, porque si hubiese pestañado, me la hubiera perdido. Una expresión de pánico y vulnerabilidad en su rostro. Ella sabía muy bien lo que iba a decir; no había perdido la habilidad de saber lo que pensaba. Su expresión me desconcertó tanto que fui incapaz de terminar la frase.

—Vete —me ordenó con indiferencia—. Agradezco mucho que te hayas preocupado por mí para ya ves que sigo viva y que ya no tienes por qué hacerlo.

El silencio se volvió insoportable y yo me sentí como un estúpido parado frente a la hoguera.

—Vete —me repitió.

Di media vuelta y me alejé de allí.

Lo que es

Abi

“¿Cómo puede?” me recriminé. “¿Cómo puede hacer eso?” No hay peor angustia que la que provoca la culpa. Y yo me sentía muy culpable en esos momentos. En cuclillas, aferrada con una mano a mi corazón, pensaba en lo que le había dicho a Jan. Mis latidos no habían sido tan fuertes en más de tres años.

—¡Uy, casi lo dijo! —exclamó Sascha en tono burlón.

—Sabía que estaban escuchando —dije sin moverme de mi posición—; hasta acá se oían sus murmullos.

—¿Estás bien, Abi? —preguntó Bruno.

Logré asentir ligeramente y comencé a caminar alejándome del campamento.

Hay condenas que estamos destinados a cumplir. Quiso el destino que yo fuera lo que soy y por ello me llevó lejos de los seres que amaba. ¿Cómo podía explicarle eso a Jan? ¿Cómo podía decirle dónde había estado todo este tiempo? ¿Cómo podía decirle quiénes eran estos extraños que me acompañaban? ¿Cómo podía responder a sus preguntas sin delatarme y sin que él se horrorizara de lo que era? No, no podía. Jan y yo ya no éramos amigos; dejamos de serlo la noche que morí en el acantilado.

Mi nueva vida, una vida que nunca deseé, me trajo nuevos amigos con los que había pasado los últimos tres años. Sascha, Bruno y Diego entendían mejor que nadie por lo que estaba pasando, porque a ellos les sucedió lo mismo.

Sascha era el más vanidoso de todos, aprovechaba cualquier oportunidad para lucir su suave cabello castaño que combinaba bien con sus ojos celestes ligeramente rasgados. Se paseaba sabiéndose bello y le perdonábamos la arrogancia por su magnífico sentido del humor. Capaz de levantar el ánimo de los muertos.

El quinto
dragón

Bruno parecía el más viejo del grupo, aunque tuviera la misma edad. Su piel color oliva, rasgos toscos y figura atlética hacían creer a cualquiera que trataban con un grandulón abusivo en sus veinte. Contrario a las apariencias, él era, por supuesto, el más dulce de los tres.

Diego a penas si alcanzaba el metro sesenta de altura; su espíritu rebasaba por mucho la de los demás. Él era el único Kichéh del grupo, y, como la mayoría de los de su tribu, poseía una paciencia larga y abundante; disfrutaba de las cosas más sencillas y contenía la sabiduría necesaria para la vida en sus grandes ojos negros.

Compartíamos la misma condena y la misma encomienda. Nos unía el destino y hasta la misma naturaleza. Sentía una terrible culpa al desear abandonar nuestra misión, sin importar que eso significara también dejarlos a ellos, sólo para estar con la persona que más quería. ¿Por qué siempre deseamos lo que no podemos tener?

—Sascha tiene razón. —Reconoció Diego—, a Jan le faltó poco para decir lo que sentía por ti.

—Ésa fue precisamente la razón por la que le pedí que se fuera —Le expliqué sentada en la arena fría, jugando con una piedra—. No puedo con eso ahora.

“¡Maldición!”, pensé. “Debía saber que Diego sabría dónde encontrarme”. Sin querer él se convirtió en mi confidente; a lo largo de los últimos años él me había visto derrumbarme y me había ayudado a levantarme también. Fue él quien finalmente me había convencido de aceptar lo que era en lugar de luchar contra ello como si fuera una enfermedad.

Me conocía y en varias ocasiones antes de partir hacia la Isla del Sur me preguntó cómo reaccionaría cuando volviera a tener a Jan frente a mí. Ese día tuvo su respuesta.

—¿Por eso te alejaste tan rápido del campamento? —me preguntó y se sentó junto a mí.

—Necesitaba estar sola, necesitaba pensar.

—¿A que le das tantas vueltas?

¡Tenía tantas respuestas para esa pregunta tan sencilla! Le daba vueltas a lo que acababa de pasar, a los años que viví con la abuela, al deber que debía cumplir; a mis deseos, a lo que era, al pasado, al presente, y al futuro y no en ese orden, sino saltando de

un pensamiento a otro, cargando un pesado costal lleno de miedos que venía arrastrando desde miles de kilómetros atrás.

—Deberías dejar de torturarte e ir a buscarlo —me aconsejó tranquilamente—. ¿Qué no has tenido suficiente con tres años sin verlo?

Tenía razón, ni hablar. Había esperado tres largos años para esa noche; durante mis días en las montañas blancas y frías de las Islas del Norte el más secreto de mis sueños era volver a ver a Jan y escuchar lo que yo misma le había impedido decir esa noche. Quería hacer lo que Diego me aconsejaba, pero había un gran problema: Tenía miedo.

—¿Y qué voy a decirle? —pregunté muy angustiada, apoyando mi barbilla en las rodillas.

—La verdad Abi —respondió sencillamente—. Que lo amas, tanto o más que él. Que no hubo un solo día en todo este tiempo en que rogaras por estar con él. La verdad.

La verdad, complicada, amenazante y en este caso casi imposible, era que había pasado los últimos tres años en las Islas de Norte, convirtiéndome en algo que no escogí ni deseaba ser. La verdad era que pasaba mis noches heladas llorando calladamente, repitiendo una y otra vez la palabra “¿Cuándo?” y preguntándome que tanto podía durar el amor. “¿Cuándo podré regresar? ¿Cuándo podré verlo?” Siempre quería que la respuesta fuera “ahora” y ahora tenía la oportunidad y no podía hacerlo.

—No puedo decirle la verdad —repliqué y sentí como las lágrimas comenzaban a quemarme los ojos y la garganta—. Me va a odiar, o peor aún, me va a tener miedo.

Diego se acercó con una sonrisa comprensiva y me abrazó.

—¿Porqué no dejas que él decida si va a tener miedo o no? Deja que sea él quien te demuestre que lo que somos no va en contra de la vida humana.

Tardé varios días en tomar una decisión y fue la segunda visita de Jan al campamento lo que dio una respuesta a mi encrucijada.

Un dragón

Jan

Por haberme ofrecido la primera ocasión a ir a negociar con “los brujos”, debía ir una segunda vez a llevarles la respuesta del emperador. Quería ir y no quería ir. La noche en que el emperador me avisó que sería yo quien llevaría el mensaje no pude dormir. Pasaba del alivio, a la rabia, el gozo y minutos más tarde a la desilusión. No sabía qué pensar; tenía tantas preguntas y al mismo tiempo poco me importaban las respuestas, con tal de que ella estuviera conmigo. Lo único malo era que no lo estaba y no quería estarlo.

Eso fue lo que tenía en mente cuando monté sin haber dormido y de muy mal humor. Y durante el camino me puse peor; quería hacerla sufrir como yo había sufrido, quería que se sintiera rechazada y abandonada, necesitaba descargar mi ira contenida de alguna forma y con la única persona que quería hacerlo era con Abi. Las últimas estrellas habían desaparecido para dar paso a la fuerte luz del día. Atravesé como una bala furiosa las dunas majestuosas del desierto, hasta llegar al campamento, en el que el día recién había comenzado.

—¿Dónde esta tu líder? —pregunté cortante a un chico moreno y bajito—. Llámala.

—No está aquí —respondió ignorando el tono grosero—. Le gusta salir a caminar en la mañana.

Seguí mi camino sin siquiera agradecerle. Saber que aún le gustaba pasear me puso todavía más furioso, no sé por qué. La vi parada sobre una duna. El viento era suave y alcanzaba a agitar su cabello que ya no se encontraba enredado y lo mejor era que no la estaba soñando, la tenía frente a mis ojos. La contemplé por un minuto entero y su vieja habilidad de hacer que todos mis enojos se desvanecieran se presentó, justo como el día en que la conocí. Sacudí mi cabeza y una punzada de dolor me recorrió entero al recordar su abandono y que ella misma me había dicho en días anteriores que no me quería ver.

*El quinto
dragón*

Cabalgué hasta donde se encontraba y me le paré enfrente sin bajarme del caballo. Negro, mi caballo, no dejaba de moverse; de seguro podía sentir mi ansiedad.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó de la misma manera en que lo había hecho hacía ya varias noches—. No pensé que regresarías.

Era el mismo discurso de la vez anterior; no obstante, el tono era diferente: pude notar su cansancio y desgano.

—Sólo vine a traer un mensaje de emperador —le dije ocultando todas mis preguntas—. Él acepta tu trato.

—Está bien, nosotros cumpliremos nuestra parte hoy mismo.

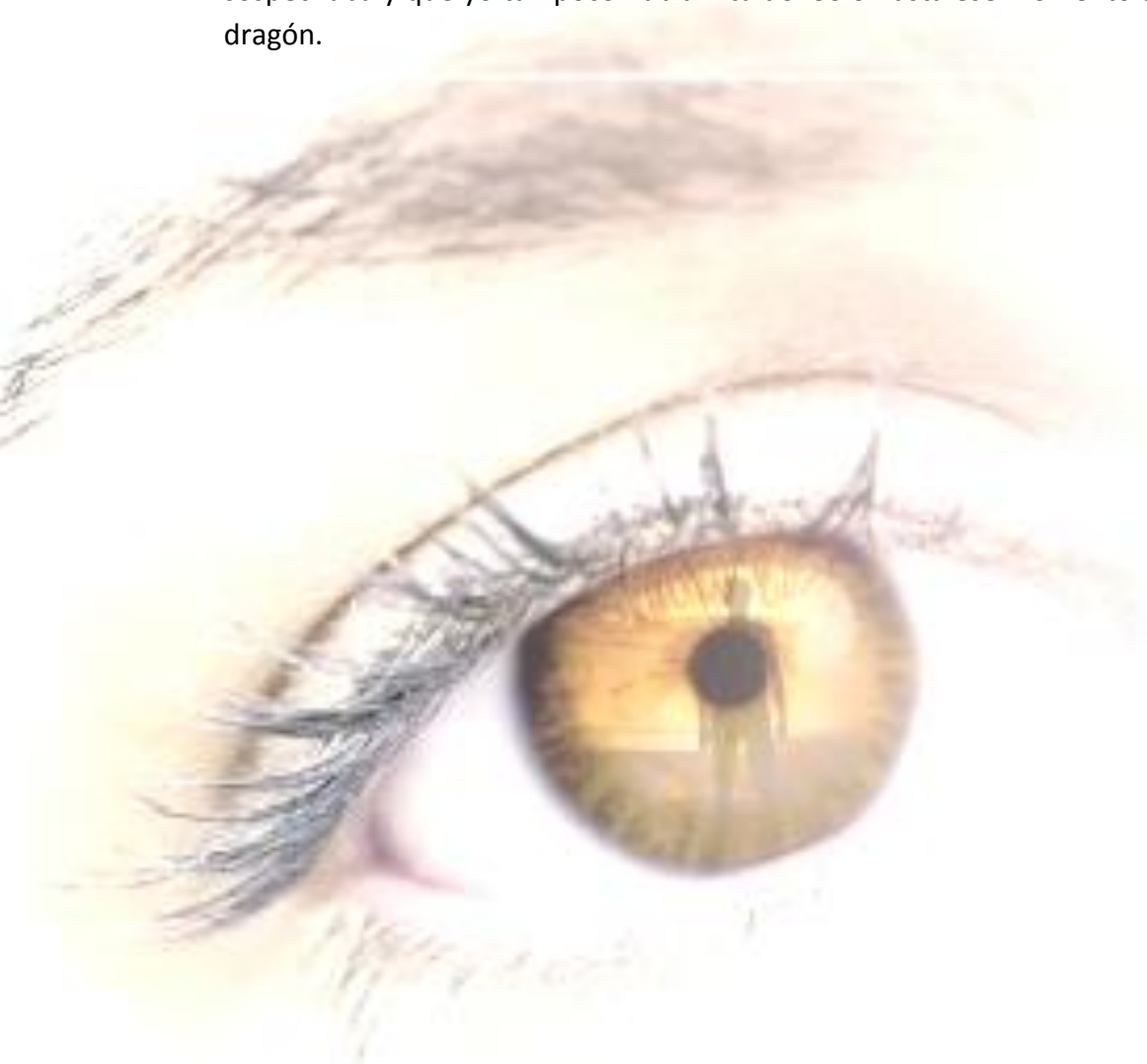
Y me fui. Galopé como alma que lleva el diablo, con el orgullo quemándome las manos y la cara, como fuego que se extendía dentro de mí y me impedía respirar. A la mitad del camino me detuve y, derrotado y agotado, desmonté mi caballo y caminé durante horas. Cuando ya mis piernas flaqueaban y el cansancio amenazaba con desplomarme, me di cuenta de que podía dar media vuelta y caminar el doble de distancia. Quería volver, quería volver a verla. Sacudí mi cabeza y me golpeé la frente con una mano. ¡No tenía remedio!

Regresé al campamento y llevé mi informe al emperador, que e sintió satisfecho, aunque no del todo tranquilo. Yo volví a salir al desierto, no deseaba ver a nadie.

Me acosté en la arena, como el día que llegué a Puerto Esmeralda y Abi me había encontrado. Regresar el tiempo era mi deseo más recurrente y el único que sabía que jamás se cumpliría. Solté aire por la boca y puse un brazo encima de mis ojos. Me sentía tan cansado, como si llevara tres años caminando en el desierto sin parar, buscando algo sin poder encontrarlo. “Y cuando por fin lo encuentro no me deja ni acercarme”, pensé amargamente.

Algo me obligó a abrir los ojos, y cuando lo hice un dragón blanco revoloteaba sobre mi cabeza. Me puse de pie y el dragón se me acercó. Era completamente blanco e irradiaba brillo desde su interior. En el campo de batalla había visto a cuatro gigantes dominando un cielo violento. Y ahora veía un ser hermoso y etéreo, que no tenía piel de reptil, sino un pelaje finísimo cuya textura parecía de plumas de pájaro. Fascinado, me acerqué; no parecía querer hacerme daño y yo deseaba tanto tocarlo. Cuando puse mi mano sobre su piel suave, el dragón abrió sus ojos. Eran dorados, como el sol, como el fuego y como ella también. Al ver sus ojos y tocar su piel supe la verdad que nadie

sospechaba y que yo tampoco había intuido. Sólo hasta ese momento supe quien era ese dragón.



Explicaciones

Abi

Ahí estaba Jan. Éste era el encuentro que debíamos haber tenido, la primera vez que nos veíamos de verdad después de tres años. Me estaba comiendo la angustia. No tenía nada que ofrecerle. Nada. No tenía un hogar ni un futuro ni siquiera la posibilidad de una vida normal y aceptar eso, confesárselo, hacía que me temblaran las rodillas, las manos y la garganta. ¿Cómo podía confesar lo que era a una persona que no creía en las historias fantásticas?

—Sé quién eres —rompió el silencio de golpe—. Sé lo que eres.

El corazón casi se me sale por la boca. Me había descubierto, podía verlo en sus ojos de hielo que me acusaban. No me había retirado a tiempo de esa visita que le hice y gracias a eso él me había seguido. En ese momento quise explicarle todo, pero las palabras se me quedaron atoradas en algún lugar entre la garganta y la boca.

—¿Por qué regresaste? —intenté recriminarle con mi máscara fría, pero él lo adivinó.

—Porque no tengo nada que perder —respondió con firmeza—. Ya una vez lo perdí todo el día en que te fuiste.

Su respuesta me dijo que esta treta había terminado al fin.

—No podía ser nadie más, porque yo no sé querer a nadie más —dijo; sus ojos se suavizaron y me miraron como solían hacerlo cuando ambos éramos mejores amigos—. Debí haberte reconocido desde el primer momento.

Fue demasiado. Mis rodillas se ablandaron y caí sobre la arena fría, ocultando mi cara con mis brazos como una niña.

—¿Me odias? —Pregunté desde mi tonto escondite—. ¿Me temes por ser un dragón?

*El quinto
dragón*

Era la primera vez que lo admitía ante él. Sentí cómo se arrodillaba ante mí y cómo sus manos jalaban mis brazos APRA obligarme a salir de mi refugio.

—No.

Y me besó. Fue sutil y rápido, pero ese beso levantó todo el peso que había cargado en mis hombros desde hacía mucho tiempo. Sentada en la arena me oculté en sus brazos con la oreja pegada a su pecho, justo donde podía escuchar sus latidos constantes.

—Tienes que decirme qué pasó —dijo frotando mis brazos fríos.

Eso era lo único que deseaba hacer.

—Hay una leyenda que la abuela nos contó incompleta.

—¿Érase una vez...?

Sí, Jan tenía razón. Érase una vez un mundo donde las leyes de la naturaleza aún no tenían bien definidas sus fronteras y donde los humanos estaban tan ligados a ella que eran capaces de convertirse en cualquier elemento natural. Había humanos que podían transformarse en todo lo habido y otros que tenían sus limitaciones y sólo podían convertirse en cierto cuerpo. Aquellos de poderes limitados se extinguieron rápidamente y sólo quedaron muy pocos, aquellos que sólo podían tomar una forma animal.

Con el pasar de los siglos muchos de los que tenían este don creyeron que eran superiores a los simples humanos. Fue de este modo como, tomando la forma de un animal salvaje, masacraron aldeas y ciudades enteras y se convirtieron en soberanos de vastos territorios en las Islas. Nadie podía detenerlos, puesto que eran bestias salvajes mucho más grandes que los animales comunes y además se movían en grupos. A cada pueblo que conquistaban lo convertían en esclavo y se encargaban de aplastar su espíritu destruyendo sus tradiciones y creencias.

Ante esta situación, hombres y mujeres de diferentes tribus, aldeas y ciudades se reunieron en secreto para unir fuerzas y derrotar a los tiranos. En ese entonces todos creían en la existencia de la Dama Eterna y confiaban en que encontrarían Isla Azul y en que ella los ayudaría a liberar a los clanes de las Islas.

Fue el deseo tan fuerte de libertad lo que los condujo a Isla Azul y a los pies de la Dama Eterna, que escuchó consternada lo que pasaba en el mundo. Ella ya lo sabía; no obstante, escuchó paciente todo el dolor que esa gente guardaba dentro de sí. La Dama Eterna tenía un plan. Le parecía que ambos bandos debían estar en igualdad de

condiciones, así que al grupo de hombres y mujeres que acudió a verla le dio también la facultad de convertirse, aunque no era una bestia común. La forma que tomarían sería de algo que no existía en el mundo, un ser cuyo corazón sería incorruptible y estaría siempre sediento de justicia, algo sacado directo del corazón y la imaginación de la Dama Eterna: un dragón.

Para ser honestos, no les fue difícil vencer a las bestias salvajes. A diferencia de los dragones, aquéllas no podían volar ni aventar fuego por la boca. Así que en poco tiempo todos los pueblos de la Isla habían sido liberados durante siglos reino la paz.

La capacidad de convertirse en dragón a veces se salteaba de generación, a veces no, y en raras ocasiones, aparecía luego de muchas generaciones: nadie lo podía saber. Hubo una época en la que abundaron los dragones y eso les trajo desgracias: los humanos empezaron a temerlos. Los hombres no concebían cómo algo tan poderoso y enorme no tenía intenciones de hacer daño; tener ese aspecto era simple razón para querer poder y riqueza, puesto que sólo había que amenazar y arrebatar para obtenerlo. No comprendían cuál era la naturaleza de un dragón y que éstos habían sido una creación del corazón de la Dama Eterna, por tanto no podía haber ningún mal en ellos.

Los humanos eran tercos y su miedo e ignorancia les aconsejaban que era mejor acabar con ellos antes de que dieran problemas. Una noche un hombre descubrió a un dragón en su forma humana. Movidio por su odio, lo agarró desprevenido y lo asesinó. No conforme con lo que acababa de hacer, el hombre tomó la daga con la que había perpetrado el crimen y salpicándose de sangre de dragón sacó el corazón del pecho del muerto. Maravillado, contempló que en lugar de un corazón normal había un rubí del tamaño de su cabeza y que, aún más insólito, éste aún latía.

El corazón de ese primer dragón asesinado latiría por horas y horas, cada vez más débil, hasta apagarse en su totalidad. El asesino en cambio saltaba de felicidad: ese rubí lo había convertido en un hombre rico. Y quería más. Fue en esa cadena de homicidios que los humanos descubrieron las únicas dos maneras de acabar con un dragón. La primera era matándolos en su forma humana, pues así no tenían ningún poder extraordinario, y la segunda, cuando tenían la forma de un dragón: hiriéndolos con el corazón de otro dragón. Sí, los hombres transformaron aquellas majestuosas joyas que latían, en dagas y espadas capaces de acabar con seres tan poderosos. Así los masacraron, llevándolos al borde de la extinción.

Fue entonces cuando los dragones comenzaron a ocultarse. Las tribus más antiguas de la Isla sabían su verdadera naturaleza por las leyendas que pasaban de padres a hijos e intentaron ayudarlos. En cuanto había señales de que un chico iba a convertirse

en dragón, se lo llevaban a las Islas del Norte, tierras lejanas y heladas adonde nadie quería ir. Allí, los jóvenes aprendían a controlar su temperamento y sus transformaciones, para que nadie supiera lo que eran en realidad.

Nunca se sabía quién sería un dragón. Dependía de la sangre, claro, aunque también en gran parte del espíritu de la persona, el cual a veces era tan grande que era imposible que no fuera un dragón. Otro factor de riesgo eran sus ojos; había madres que lloraban al ver que sus hijos nacían con ojos color dorado y rezaban todos los días para que sus hijos no fueran dragones.

—De ahí que mucha gente pensara que los ojos dorados traían mala suerte —concluyó Jan sonriendo.

—Correcto.

Lo malo era que había que esperar hasta que el niño o niña se convirtiera en adolescente para averiguar si era o no, diferente a los demás.

—Por lo general pasaba a los quince años —dije y contuve la respiración al recordar esos tiempos—. Además hay un síntoma que predice que está a punto de suceder...

—Caminar dormido —completó Jan. Todas las piezas encajaban al fin.

Eran emociones fuertes como el amor, la rabia o el miedo lo que provocaban primero el sonambulismo y poco después la transformación.

—Entonces, esa noche tú...

—... me convertí en un dragón por primera vez —completé—. Justo en el momento en que mi cuerpo tocó el agua. Por eso no morí en el acantilado.

—No tiene sentido —dijo, arrugando la nariz, y yo tuve que contener la risa—. ¿Por qué no lo hiciste en la casa? ¿O en la playa? ¿Tenías que saltar de un acantilado?

—Verás, hemos sido cazados durante siglos, por eso desarrollamos un instinto para que los humanos no nos vean —expliqué—. La primera vez no lo podemos hacer si alguien nos está viendo. Por instinto corremos a lo alto de una montaña, a un desierto o al mismísimo fondo del mar.

Se hizo el silencio y por un momento pensé que ya había dado todas las explicaciones. Me equivocaba. Jan izo la pregunta que más le interesaba, la que lo había torturado durante toda mi ausencia:

—¿Por qué te fuiste?

—Ya te dije, tenía que hacerlo —respondí luchando para sostener la mirada—. Tenía que aprender a controlarme, tenía que aprender a ser un dragón.

Lo abracé de nuevo y olí la arena en su camisa.

—¿Por qué volviste? ¿Por qué tardaste tanto en regresar?

Me incorporé y sentí su mirada azul llena de dolor por causas de ese abandono. Jan había visto cómo su mejor amiga saltaba del acantilado; él era más fuerte que yo, si yo hubiera estado en su lugar, me hubiera muerto de dolor.

—Lo siento. ¡Lo siento tanto! —parecía estúpido, pero no sabía qué más decir—. Lo siento, yo no quería dejarte.

Esta vez fui yo quien lo besó. Besé su cara y sus labios, acaricié su cabello y sus manos. Quería borrar esos tres años y ese dolor. Jan no se resistía a ese tipo de compases; por el contrario, reía y me correspondía de la misma manera.

—Fue ahí donde conociste a esos tres, ¿verdad?

—¡Esos tres tienen nombre! —exclamó Sascha que, fingiendo una profunda indignación, salía de detrás de una de las tiendas junto con los otros dos—. Sascha, Bruno y Diego —recitó los nombres señalando a las respectivas personas.

—¿Qué están haciendo aquí? ¿Qué fue lo que les pedí? —pregunté enojada.

—¿Quiénes los entrenaron? —preguntó Jan, ignorando mi enojo, aunque sin soltar mi mano.

—¡Pri-va-ci-dad! Eso fue lo que les pedí.

—Fueron dos viejos dragones —contestó Diego, y al parecer yo era invisible—. Han estado allí durante milenios. Se llaman Fausto y Ariel.

—No te enojes, Abi. Estábamos preocupados —dijo Sascha con voz solemne—. Penamos que te lo habías comido.

Mis tres amigos dragones soltaron una carcajada y yo una mirada asesina.

—¡Qué poco sentido del humor tienes!

—Veo que le has contado la verdad —me susurró Diego mientras los demás estaba distraídos con sus bromas—. ¿Cómo salió todo?

—Bien —respondí sonriente y en voz alta, desviando mi mirada hacia Jan—. Ahora todo está bien.

—Sí —repitió él correspondiendo a mi mirada—, ahora todo está bien.

El desierto

Jan

Me quedé con ella. ¿Por qué querría separarme de quien ya había perdido una vez?

Hubo días en que creía que era un sueño o tal vez una alucinación del campo de batalla. Pensaba que en cualquier momento despertaría en la fría cama de la Ciudad Amurallada o tirado en medio del desierto sin ella. Por eso en las noches la abrazaba y me rehusaba a soltarla, de la misma forma que los días en que estaba por saltar de ese risco. Tal vez pensó que era posesivo y tenía razón; me negaba a verla desaparecer de nuevo, la quería junto a mí.

—Aquí estoy —era lo último que me decía antes de dormir.

—Lo sé —respondía besando su espalda y la parte de atrás de su cuello.

Era lo justo. Nos tocaba vivir todo eso y ser felices desde hacía tiempo, y la vida, la naturaleza o lo que fuera nos lo había quitado. Estar juntos era la justa recompensa a esos años de ausencia. Los días eran soleados otra vez y el frío permanente de mis huesos se esfumó. Atrás habían quedado los años de insomnio y los meses de malditos de la guerra. En ella encontré mi paz.

—¿Puedes transformarte en dragón en el momento que quieras?

Era nuestra tercera noche juntos y yo seguía haciéndole preguntas.

—¡Qué preguntón te has vuelto! —me reclamó en voz baja y ambos reprimimos la risa tonta para no despertar a los demás—. No, no siempre puedo hacerlo cuando quiero.

—¿En serio? ¿Por qué no?

*El quinto
dragón*

—Porque parte de es humana y a veces mis emociones humanas controlan mi capacidad de ser dragón.

No estaba entendiendo bien.

—¿Emociones? ¿Qué tipo de emociones?

—Del tipo que te encadenan —respondió acariciando mi nariz con sus dedos—: odio, miedo, amargura, angustia, culpa y dolor. Todas las que nos impiden ser felices.

Más tarde Diego me confesaría que muchas veces Abi tuvo problemas para tomar la forma de dragón porque su parte humana sentía mucho dolor.

—Es contradictorio —opiné—, ¿no me dijiste hace unos días que eran emociones fuertes lo que provocaba la transformación?

—Yo tampoco lo entiendo bien —confesó alzando los hombro—. Supongo que se trata de un balance. Una emoción provoca una reacción dependiendo de la intensidad de ésta. Cuando es demasiado fuerte y encadena el espíritu, para nosotros es imposible cambiar de forma —dijo muy convencida—. Después de todo también tenemos una parte humana.

La fogata iluminaba su mirada sublime hasta volverla casi de fuego. En medio del desierto, cuatro tiendas de campaña que parecían sábanas amarillas se extendían alrededor de una pequeña hoguera. Prefería miles de veces la sencillez de ese lugar a cualquier lujo que un soldado de primera pudiese tener en la Ciudad Amurallada, aunque tuviera que aguantar los ronquidos furiosos de Sascha.

Me hubiese gustado estar a solas con Abi todo el tiempo; sin embargo, sabía que ella no deseaba separarse de sus amigos. Al principio sentía una punzada constante de celos cada vez que ella siquiera los miraba. Un día ella misma me explicó que era lo que los unía:

—Hay algo más que quiero decirte —se giró para verme a los ojos—. Nos une algo más que nuestra naturaleza, somos un clan y ellos son mis hermanos. Nos ata un pacto de lealtad que no podemos romper.

Malinterpreté sus palabras y pensé que se trataba de una fuerte amistad. Estaba equivocado. Ese pacto del que ella hablaba existía y lo habían hecho desde las profundidades de su ser, donde habitaba una piedra preciosa que latía. No sabía todas las repercusiones que ese pacto traería, pero lo averiguaría demasiado pronto.

Nos tomaría una semana cruzar el desierto a pie. El único caballo lo tenía yo, lo cual me llevó a preguntarles:

—¿Por qué estamos caminando? ¡Ustedes son dragones! Podríamos atravesar el desierto volando en un par de horas.

—¿Podríamos? —preguntó Bruno en tono de burla.

Tirado e l arena, Sascha lanzaba sonoras carcajadas; nunca lo había visto así.

—¿Qué dije? —pregunté desconcertado.

—No les hagas caso, así son —me sugirió Diego, aunque él sonreía de modo sospechoso.

—Ya sé, tengo una idea —intervino Sascha controlando un poco su ataque de risa—, ¿Por qué no probamos? Yo me convierto en dragón y tú te subes a mi espalda.

—¡Ni se te ocurra! —Replicó Abi—. Lo siento, Jan, olvidé decirte algo: los humanos no pueden volar con los dragones... sin convertirse en sal.

Sí, estatuas de sal. Fausto alguna vez les explicó que era para protección de los humanos y dragones por igual. Un dragón en menos de un humano podía ser muy peligroso: el corazón de un dragón era incorruptible; el del humano, no. Un humano podía tocar y querer a un drago pero jamás montar en él y volar, pues era una forma de controlarlo.

Sascha, Bruno y hasta el apacible Diego soltaron la risa de nuevo.

—Entonces, ¿vamos a pie por mi causa? —pregunté apenado.

—No importa —respondió Abi y se estiró para besarme en la frente—, de cualquier forma aquí nos íbamos a quedar un rato. Todavía tenemos tiempo.

Ella había olvidado decírmelo a propósito y yo no me sentía mejor, seguí creyéndome un costal de papas que tenían que arrastra hasta el final del desierto.

—Para nosotros es bueno estar aquí —aseguró Diego sonriente—. El desierto es el lugar donde los dragones vienen a hacer más fuerte su espíritu.

Asentí. Después de todo este tiempo había aprendido a creer en las leyendas kichéh.

Avanzamos rápido, nos tomó menos de una semana llegar al final del desierto; y en nuestra última noche en él pensé en Abi, en su imponente forma de dragón. Una pregunta que antes no me había importado surgió en mi cabeza:

—¿A qué regresaste?

—Tenía que verte —respondió poniendo de broma su mejor pose dramática.

—¡Mentirosa! —la llamé y le hice cosquillas.

—¡Es la verdad! —Exclamó entre risas—. Quería verte, pero también veníamos a buscar algo.

—¿Algo?

—O mejor dicho alguien: el Quinto Dragón.

Abi nunca dejó de creer en las leyendas kichéh. Al contrario, en las Islas del Norte sus maestros le enseñaron que se trataban de algo más que cuentos para niños; las leyendas hablaban del pasado, el presente y del futuro del mundo.

La del Quinto Dragón era una leyenda bastante ambivalente que, de acuerdo con Fausto y Ariel, estaba por cumplirse. Comenzaba con cuatro dragones regados en distintas partes del mundo, y muy diferentes entre sí. Eran los últimos y la única esperanza de que los dragones no se extinguieran. Según la leyenda, ellos serían capaces de establecer la paz y la justicia en las Islas y lograrían que los dragones dejaran de vivir en la oscuridad; sin embargo, sólo podrían hacerlo si el Quinto Dragón, el más poderoso de todos, se les unía.

—¿Y por qué el Quinto Dragón no habría de estar de su lado? —preguté—. De seguro los escogería sobre cualquier otra opción.

—Tú nos has visto a Sascha, Bruno, Diego y a mí convertidos en dragones, ¿verdad?

—Sí, todos se ven diferentes, aunque la más bonita eres tú.

Me sonrió y continuó con su explicación.

—Exacto. Porque venimos de lugares distintos y pertenecemos a diferentes razas —explicó—. Algo que nosotros cuatro compartimos es que tuvimos contacto con las leyendas y de alguna forma veíamos a los dragones como seres buenos. Fueron las

leyendas las que hicieron que desarrolláramos el instinto de no dejar que los humanos nos vieran y de ir hacia las Islas del Norte.

“Si el Quinto Dragón fuera Kichéh o hubiera escuchado cosas buenas de los dragones, con seguridad se nos uniría; pero imagina que fuera parte de la nobleza o que hubiera crecido sin conocer las leyendas. Si ése fuera el caso, podría transformarse en medio de una plaza porque carece del instinto dado por las leyendas o luchar en nuestra contra o incluso hasta hacerse daño a sí mismo por no aceptar lo que es”.

Nadie quería arriesgarse a eso.

—¿Y qué pasa si alguien lo encuentra primero y le hace daño?

—Ya nos encargamos de eso —sonrió satisfecha de sí misma.

—¡Por eso hicieron el pacto con el emperador!

—Correcto —me respondió sonriente—. Sea donde sea que aparezca no le pueden hacer daño debido a ese acuerdo.

—¿Saben en donde va a aparecer?

—Aun no, vamos al lugar donde está la única pista que tengo.

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi abuela.

Esa noche me costó trabajo dormir, tenía en mi mente demasiadas cosas; la misión de Abi, los dragones, la casa de la abuela y las leyendas kichéh. Cuando por fin pude dormir, tuve un sueño extraño; soñé que volaba y que de mi boca no salía fuego, sino un canto triste que nunca había escuchado. De repente, me convertí en humano otra vez y vi un dragón blanco que volaba por el cielo. Yo corría y corría para alcanzarlo; deseaba llamarlo, pero no podía y el canto que había escuchado antes seguía sin parar. Tenía la sensación de haberlo escuchado antes. Entonces desperté.

—¿Jan, qué haces aquí? —me preguntó Abi con los ojos medio abiertos.

Estaba parado afuera de la tienda de acampar, muy cerca de la fogata.

—Escuché a un dragón cantando —expliqué casi dormido.

—Estabas soñando —dijo y me tomó de la mano—. Ven, vuelve a dormir.

Ninguno de los dos recordó la leyenda del Canto de Arhén.



La última historia de la abuela

Abi

Puerto Esmeralda no había cambiado en nada; las casas y los negocios seguían en el mismo lugar, el mercado de los pescadores tenía el mismo aroma, incluso en las noches, cuando estaba desierto. Recorrimos el camino a casa, como si viniéramos del pueblo después de haber paseado un par de horas y no unos años. Me dio miedo siquiera pensar en la mansión blanca y en lo que había pasado la noche en que todo comenzó para mí. Por un momento deseé regresar en el tiempo, quería volver a tener quince años, volver a vivir sin complicaciones ni deberes que cumplir. Jan me tomó de la mano y caminó conmigo hasta la puerta, mientras los demás esperaban atrás respetuosamente. ¿Estaría adentro la abuela? tenía miedo de lo que pudiera encontrar o no encontrar; quería que ella estuviese aún en esa casa.

La puerta se abrió y lo primero que vi fue la vieja mecedora de madera junto a la ventana que se movía despacio hacia atrás y adelante; allí, una anciana de cabello plateado se materializó.

—Sabía que algún día ambos regresarían —dijo la abuela—, sólo por eso esperé.

Algo en la casa no estaba bien. Me tomó un segundo notarlo; viví allí más de dos años, esa casa era el único pasado que tenía y algo no encajaba en ese lugar. Adentro estaba abandonado, como si llevara años sin tocarse; las ventanas, excepto una, estaban cerradas y olía a tierra y humedad. Lo único que permanecía igual era mi abuela, su pelo gris, sus ojos negros llenos de arrugas, sus manos tibias y su sonrisa sin dientes que la hacían tan especial. La abracé; la había extrañado tanto, ella y Jan eran mi única familia.

—Abuela, yo... —quise explicarle, pero ella no me dejó.

*El quinto
dragón*

La abuela puso un dedo sobre sus labios, ordenándome que callara y yo obedecí.

—Ya lo sé, sé dónde has estado; desde el día en que te conocí supe que eras un dragón —me dijo y acarició mi mejilla con su mano tibia—. Y supe adónde habías ido porque mi propia hija fue al mismo lugar.

Con la emoción de ver a mi abuela, me había olvidado por completo de mi pista de Abigail. Alguna vez hasta llegué a pensar que era un invento de la abuela. Ahora, ese fantasma que veía en el espejo de vez en vez, aparecía de nuevo y en esta ocasión sabía que tenía algo muy importante que decirme.

—Tengo una última historia que contarte, Abi —dijo, y yo me senté en el suelo, como lo hice tantas veces—. Es acerca de mi hija, el último dragón.

La abuela sabía en donde había estado yo todo ese tiempo porque su hija había pasado por lo mismo. En su adolescencia, Abigail se convirtió en dragón y, como yo, fue a las Islas del Norte a que le enseñaran cómo controlar todo su poder. No obstante, cuando regresó tuvo una historia muy diferente a la mía. En ese entonces no había más seres como nosotros ni misiones que cumplir; ella estaba sola y, cuando su enseñanza en el norte terminó, no le quedó más remedio que regresar a casa. A los dieciocho era la mujer más bella de la Ciudad Amurallada; ahí vivían la abuela y ella. Durante algún tiempo se dedicó a rechazar a cuanto hombre se le puso enfrente. Tanta atención la hizo arrogante y parecía divertirse con cada declaración amorosa que rechazaba y cada pretendiente nuevo que se le presentaba a su puerta. Su madre siempre le advirtió que no debía comportarse así, que en el amor había que ser humildes y tratar a los demás de modo amable, porque nunca se sabía si algún día estaríamos en esa situación.

—No te preocupes, mamá, eso jamás me pasará—, solía repetir riendo con aires de superioridad.

Le pasaría y más pronto de lo que ella creía.

—Nunca supe quien fue el hombre del que se enamoró —dijo la abuela—, pero ese hombre la volvió loca.

Tal vez era porque no podía tenerlo, porque le pertenecía a otra mujer o porque sabía que él no la amaba. Se obsesionó con él; no comía ni dormía, se volvió un espíritu furibundo que vagaba por la ciudad y hasta su belleza, su más preciado tesoro, se apagó de repente.

—Pensé que debía tratarse de un hombre mayor que ella —expuso la abuela sin dejar de mecerse y con la mirada perdida, como si estuviera viviendo todo eso una vez más—; en la ciudad murmuraban que Abigail se veía con un hombre casado.

A pesar de que la abuela la encerró en la casa, amenazó con echarla e incluso llegó a golpearla, Abigail continuó con su aventura varios meses, hasta que un día decidió no salir más. Su madre se sintió aliviada de que ese idilio retorcido que nunca debió ser por fin hubiese acabado; no obstante, las cosas no terminaron allí y ambas se darían cuenta de ello en un par de meses.

—Cuando supo que estaba embarazada me dijo que debíamos huir, que si alguien se daba cuenta estaríamos en peligro —confesó la abuela—. Por eso nos fuimos a vivir a Puerto Esmeralda, con mi hermano mayor, a quien no le importó ayudarnos porque se sentía muy solo después de la muerte de su esposa.

Allí nació la verdadera nieta de mi abuela. No se parecía en nada a ellas; tenía poco pelo y muy claro; era regordeta y de piel rosada; sus ojos no eran dorados como los de Abigail, sino verdes como los de la familia de su padre. La abuela quiso llamarla Abigail, pero la madre de la niña se negó de manera rotunda; dijo que su nombre daba mala suerte y que no iba a condenar a su hija a una vida igual a la suya. La llamaron Sarah y durante dos años vivió tranquila en casa del hermano de la abuela. Todos trabajaban de sol a sol en el campo vecino, como cualquier otro kichéh, viendo como la bebé daba sus primeros pasos y más tarde corredizas en la playa. Vivían desconectados del mundo sólo en sus labores; las mujeres kichéh admiraban la manera en que aquella joven mujer trabajaba toda la jornada sin hacer pausa y con una rapidez que parecía que su vida dependía de cuánta fruta recogiera ese día. No hablaba con nadie en los campos y en la casa sólo decía lo indispensable. Su piel blanca se había tostado debido al sol de la costa, sus ojos carecían de luz y alrededor de ellos se formaron dos profundas ojeras. La amargura le impedía dormir de noche y ahogaba sus sollozos en la almohada.

—Nunca me dijo por qué dejó de ver a ese hombre —confesó la abuela—, pero desde el día en que se dejaron, ella no volvió a ser la misma.

Los días de su belleza deslumbrante habían pasado. Abigail extrañaba caminar por las calles de la ciudad, orgullosa y hermosa, sabiéndose además el ser más poderoso de la región y también el último. Sin embargo, ¿de qué le servía ahora ser un dragón? Podría quemar ciudades enteras, destruir, cobrar venganza de quien la había lastimado o tal vez solamente volar al norte y no volver a ser humana jamás. Soñaba con eso todas las noches y, mientras los demás dormían, ella lloraba.

—No podía transformarse y eso la estaba matando —afirmó la abuela y por un momento creí ver que sus ojos se humedecían—. Estaba atrapada en su propia amargura y era ésta la que no la dejaba ser libre.

Recordé todos los problemas que había tenido por aferrarme al dolor y sentí pena por ella. La entendía.

La única manera en que Abigail podía liberarse de esa amargura era experimentando otra emoción igual de fuerte que la hiciera reaccionar. Y fue así. La pequeña Sarah, a quien prácticamente ignoraba, cumplió dos años la tarde en que fue secuestrada.

—Mataron a mi hermano de un golpe en la cabeza cuando lo empujaron contra el suelo —contó la abuela y con un dedo apuntó el lugar exacto, en el suelo de la cocina, en donde su hermano había sido asesinado—. A mí me dejaron inconsciente y cuando reaccioné ya se habían llevado a la niña.

En cuanto Abigail lo supo, dejó todo y salió a pasos furiosos de la casa, con los puños apretados y casi echando humo por las orejas. Sabía en dónde estaba su hija y quién la tenía. Una nueva oleada de emociones la inundó: ira en la superficie, seguida por el temor de que algo le hubiese pasado a la niña y en la última capa, la más cercana a su corazón, estaba el amor por su hija, el cual había intentado ignorar sin éxito. Ese amor era más grande que cualquier resentimiento, amargura o culpa por los errores cometidos. Reconocer y abrazar ese sentimiento hicieron que al cruzar la puerta de la casa ella saliera transformada en un dragón y volara hasta la Ciudad Amurallada, donde el que alguna vez creyó que era el gran amor de su vida tenía secuestrada a su pequeña.

—No volví a verla. Ni a ella ni a mi nieta.

—Abuela, ¿Qué fue lo que pasó? —Pregunté ansiosa de conocer toda la historia—. ¿Por qué no regresó Abigail?

—Porque el emperador la mató —intervino Jan, que al parecer sabía la respuesta—. Se dice que hace trece años un furioso dragón atacó por sorpresa la ciudad y que el emperador fue el único capaz de detenerlo. Todo coincide.

—Abuela, ¿sabes si tu nieta era un dragón?

Era una pregunta muy tonta. Eso no se podía saber antes de que la niña fuera una adolescente; sin embargo, confiaba en el instinto de la abuela para responderme. Ella me había reconocido desde el primer día.

—No, nunca lo supe —negó con la cabeza—, pero siempre quise creer que no lo sería. La vida de un ser extraordinario nunca es fácil.

Por la fecha de su nacimiento ya debía ser una adolescente, lo que coincidía con la etapa en que un dragón se convertía por primera vez.

—Esa niña tiene que ser el Quinto Dragón —insistí y me puse de pie. Quería correr a la Ciudad Amurallada para encontrarla.

La abuela seguía sentada en su mecedora y me detuvo de un brazo. Quería decirme algo muy importante.

—El Quinto Dragón es un ser diferente, incluso diferente a ustedes —la abuela también se sabía la leyenda—. No cometas el error de confiar en lo que debería ser o lo que tú deberías hacer, es preferible seguir tu instinto.

Ése sería el mejor consejo que alguien pudiera haberme dado. Ojala y en ese momento no hubiera estado tan entusiasmada en salir corriendo a buscar a esa chica. Debí haber escuchado a mi abuela, tal vez si lo hubiera hecho no hubiera caído tanta desgracia y sangre sobre nosotros. ¡Cuánto dolor me causaría no haber seguido su consejo!

Quise quedarme para siempre en esa casa y vivir junto a Jan y a mi abuela lo que me quedaba de vida. Eso era lo que mi corazón quería y lo que mi instinto me indicaba; no obstante, tenía un deber que cumplir y debía partir junto con los orasen busca del Quinto Dragón. Una pena insistente se apoderó de mis ojos cuando tuve que despedirme de la abuela y de mi hogar. Algo en mi interior, tal vez un presentimiento estúpido, me decían que jamás volvería.

Nos abrazó a ambos y le hizo prometer a Jan que si me perdía de nuevo, él me buscaría.

—¡Claro que lo haré! —dijo Jan, aunque yo ya sabía desde antes que él no tenía intenciones de dejar que me perdiera otra vez.

Caminamos hacia la vieja puerta azul de madera con la abuela detrás de nosotros. Antes de cruzar el umbral di media vuelta; quería verla otra vez.

—Abuela —la llamé.

Ella ya no estaba; hacía un par de años que se había ido.

La Ciudad Amurallada

Jan

Llegamos a la Ciudad Amurallada una semana después de haber visitado a la abuela. Volver a la ciudad me traía recuerdos extraños, como si los años que viví allí los hubiese pasado dormido. Ahora volvía con Abi a mi lado y un deber que no me correspondía, pero que por ella había hecho mío.

—¿Cómo sabemos que el Quinto Dragón esta aquí? —pregunte a Abi.

—No lo sé, pero es la mejor pista que tenemos —admitió nerviosa—. Quiero pensar que esa niña sigue viviendo aquí.

No era el único que tenía dudas con respecto a la misteriosa niña-dragón que buscábamos. Diego y Bruno también tenían sus dudas de que ella fuera a quien nosotros queríamos encontrar. No la conocían y no había pruebas de que ella fuera un dragón. En lo que a ellos concernía, el Quinto Dragón podía ser cualquier adolescente en cualquier parte del mundo. Y tal vez decidieron apostarle a lo que Abi decía porque no había otra pista y se la tenían que jugar.

—Se que está en algún lugar —dijo mas para sí misma que para mí—. Puedo sentirlo, es muy fuerte, de seguro no tarda en transformarse.

La ciudad tenía casi medio millón de habitantes y buscar chicas de quince años de casa en casa parecía absurdo. Decidieron que acudir al káiser en busca de ayuda para encontrar a la chica era mejor opción que buscar familia por familia o salir a las calles como dragones a aterrorizar a la población. Además, Abi pensó que les convenía decir la verdad y le contó toda la leyenda al gobernante, incluyendo la historia de la misma Abigail.

*El quinto
dragón*

—Apuesto a que usted tampoco quiere ver a un dragón rondando por su ciudad — dijo muy segura—. Nos conviene a ambos que yo me lleve a esa chica. Ayúdenos a encontrar al hombre que la tiene.

No conocía bien al emperador; solo lo había visto y le hable unas cuantas veces en los últimos años, en realidad, lo único que conocía de él era a su hija, Danya.

—¿Crees que podemos confiar en él? — Me pregunto Bruno sin apartar la vista del emperador —Abi tiende a pensar lo mejor de las personas, así que nos toca a nosotros desconfiar.

—No lo conozco —respondí con sinceridad —, pero acepto el trato con ustedes, no puede hacerles daño ¿Por qué desconfiar de él?

—¿Recuerdas el día en que nos diste la respuesta del emperador?

—Si.

—Nosotros cumplimos nuestra palabra y les advertimos a los reyes que encabezaban la invasión de las consecuencias de su acción —explico pensativo—. Nos dijeron algo extraño.

—¿Qué les dijeron?

—Que no dejarían que el emperador de la Isla del Sur se apoderara de todo, que si ponía un pie en sus tierras volverían a invadir la Isla del Sur con o sin dragones. ¿Por qué pensaban ellos que los iban a invadir?

No era la primera vez que escuchaba esto. La misma Danya había hablado de ese rumor. Empezaba a tener mis sospechas, aunque nada en concreto. ¿Por qué el emperador querría atacar las otras islas? No tenía los medios; como ejercito hubiéramos perdido de todas formas, ¿o con que pensaba atacar para no ser derrotado?

Los motivos de sospecha se disiparon, cuando en una cruzada heroica, el emperador mando llamar a todas las chicas que tuvieran quince años al palacio, prestando toda la ayuda necesaria para que encontrásemos al Quinto Dragón.

—Tienes toda la razón del mundo, niña —dijo, dirigiéndose a Abi —; no quiero un dragón rondando por mi ciudad ni mucho menos volver a pelear con uno; estoy demasiado viejo para eso.

Durante los siguientes días hubo largas filas de jóvenes. A Abi, Sascha, Bruno y Diego les toco entrevistar a cada una de ellas; conocer acerca de sus vidas, sus padres, hábitos... Todo para determinar quien de ellas podría ser la nieta perdida de la abuela.

—Esto no está bien —se quejo Sascha estirando sus largos brazos —. Creo que ninguna de estas chicas es la que estamos buscando.

Sascha estaba en lo correcto, ninguna de ellas era la hija de Abigail. Al terminar de interrogarlas, los dragones se sentían decepcionados.

—Tal vez ella ya no vive en la ciudad —sugirió Diego.

—Tal vez... —repitió Abi muy desanimada —. Hubiera jurado que ella seguía aquí.

—Tal vez no llego a tiempo —dije pensando en una sola persona —. Nos falta interrogar a una chica.

—¿A quién?

—Danya, la hija del emperador

Cuando pregunte al káiser en donde estaba Danya, su respuesta me pareció extraña.

—Ella y su madre están en la casa de campo —respondió —, pero regresaran a tiempo para el baile de celebración de la victoria, por supuesto. Sabes que ella nunca se pierde un baile.

Me pareció extraño porque Danya y su madre no se llevaban bien; la emperatriz evadía cualquier contacto con Danya y ella a su vez se había acostumbrado al desprecio de su madre desde hacía mucho tiempo atrás. Pensé que lo mejor sería esperar a que Danya llegara para salir de dudas. Por primera vez en una celebración, no sería su acompañante, sino el de Abi.

La noche del baile, fue Abi quien me hizo esperar. A la entrada del gran salón, pensé en el giro que había dado mi historia tres semanas atrás. En todas las ocasiones que estuve a punto de entrar al salón jamás me sentí inquieto ni feliz; no obstante, esa noche me comía la ansiedad, quería ver a Abi y entrar en ese lugar con ella de la mano.

—No me mires así —me reprocho mientras reía —. Me prestaron este vestido, no había más.

Esa noche hablaríamos con la última chica que podría ser el Quinto Dragón, quien para la mitad de la noche aun no daba señales de vida.

Casi al final del baile, el emperador nos mando llamar a Abi y a mí, y nos dijo que, antes de que interrogáramos a Danya, deseaba llevarnos con otra chica, huérfana de madre, que trabajaba fregando pisos en una de las torres del castillo. Abi trato de localizar inútilmente a sus hermanos.

—Déjalos, de seguro se están divirtiendo por allí —le dije, y nos dirigimos a la torre.

Abi se veía muy ansiosa, sobre todo después de no haber podido encontrar a sus hermanos sin embargo, decidió ir a ver a la chica en la torre primero y buscar a los otros dragones después. Fue un error. En un abrir y cerrar de ojos, decenas de guardias apuntaban sus armas en contra de nosotros.

—Te recomiendo que no intentes convertirte en dragón, a menos de que quieras que mis hombres le disparen a tu novio —sugirió el emperador —. Además, también tengo algo que puede lastimarte —le enseñó a Abi una daga, cuyo filo era de rubí.

—Lo único que necesito —replico Abi —: ahora sé que su hija es el Quinto Dragón.

—Me alegra que seas tan inquisitiva, querida —rió el káiser —. Lástima que no te vaya a servir de mucho.

El hombre por fin se mostraba tal y como era.

—He escuchado que te gustan mucho las historias —se dirigió a Abi en tono burlón, mientras le apuntaba con la daga de esmeralda —; yo también deseo contarte una.

—¡Váyase al diablo!

Quise golpearlo, pero Abi me detuvo con ambos brazos.

—Verán, hace mucho tiempo existía un muchacho con un don muy peculiar — comenzó y miro con un don muy peculiar —. Su don lo traía en la sangre e hizo que su familia subiera al poder sin ningún problema. Tenía la habilidad de matar dragones.

—No fue una confusión ni un accidente —concluyo Abi —. Usted quiso matar a Abigail.

—Te estás adelantando mucho, querida —rió—. Pero si, tienes razón, no fue precisamente un accidente.

¡Que equivocación tan grande había sido confiar en ese hombre! Y pensar que yo había servido en su ejército y peleado por él.

—Pero hubo algo mas —intervino—. Yo siempre quise saber que tan poderoso podría ser teniendo un dragón de mi lado. Las otras islas no cuentan con las armas para matar a un dragón, así que pensé que, teniendo uno que peleara para mí, yo podría apoderarme de las demás islas.

Ahora sabíamos porque Abigail había decidido alejarse de él, el corazón de un dragón es incorruptible.

—Mi idea era buena, pero el dragón que escogí no quiso ayudarme —dijo fingiendo decepción—. Pensé que todo estaba perdido hasta que supe que ella había tenido una hija mía.

—Usted la robo —acuse.

—No, la niña era mía también.

Si, era su hija; pero no se la había llevado por eso, sino porque sabía que algún día podría ser un dragón y que estaría de su parte.

—Por eso mato a Abigail —dijo Abi de nuevo—. Ella no vino a atacar la ciudad, vino por la niña.

—Fue fácil que todos me creyeran —declaró cínicamente—; ella se veía furiosa.

La historia de la abuela estaba completa. El hombre que había engañado y asesinado a su hijo se alejaba de nuestra celda, satisfecho de sus acciones, contento porque nadie lo había descubierto ni detenido. Nos anuncio sin remordimiento que esa sería nuestra última noche vivos.

Una confesión y una hoja de papel

Abi

Apenas si podía creer lo estúpida que había sido. Debía ser el peor líder del clan en la historia.

—¿Por qué no te transformas y destruyes estas paredes? Siendo dragón será muy fácil —sugirió Jan.

—¡No puedo! —grite furiosa y pateé la pared con mi zapato —. Uno de los otros no puede transformarse.

Rece para que nada malo le hubiese pasado a ninguno de mis hermanos.

—¿De qué hablas? —pregunto Jan y solo entonces recordé que nunca le había explicado de que se trataba el pacto que había entre Sascha, Bruno, Diego y yo.

—Somos un clan ¿recuerdas? —pregunte.

—Sí, claro que me acuerdo.

—En la antigüedad había clanes con un gran número de dragones regados por todo el mundo —explique —. Cuando empezaron a cazarnos, los clanes se hicieron cada vez más escasos, precisamente porque cada día éramos menos.

“Formar parte de un clan nos fortalece y protege. Los amigos se convierten en hermanos y todos tienen la obligación de cuidarse y ayudarse entre sí.”

“Estamos atados de un modo tan fuerte por el honor y el espíritu que si uno de los miembros no puede transformarse, tampoco podrá hacerlo ningún otro clan”.

*El quinto
dragón*

—Por eso no puedes transformarte.

—Exactamente —conteste abrumada caminando de un lado a otro dentro de la celda —. Solo espero que todos estén bien.

—¿Qué pasa si uno de ustedes...?

—¿Muere? —Hubiera preferido que no hiciera esa pregunta —No lo sé.

Repasaba a toda velocidad lo que acababa de suceder; el Quinto Dragón, la hijo del emperador, mis hermanos, Abigail, la forma tan estúpida en que había confiado en gente que no debía, la diminuta celda oscura y húmeda en la que estábamos y como saldríamos de allí.

Jan reacciono de repente, sacudió por el temblor de una idea. Se puso de pie y esculco en las bolsas de su pantalón y su chaqueta hasta que por fin puso cara de triunfo al encontrar una pluma y un papel medio arrugado.

—Escribe.

Tarde en registrar sus palabras. Había trabajado muy duro para olvidarme de todo aquello, de ese don que me había convertido en heroína y asesina.

—Escribe —me repitió entusiasmado y me ofreció la pluma y el pedazo de papel — Escribe que salimos de esta prisión.

—Pensé que tú no creías en eso, pensé que creías que no podía hacerlo.

—Después de verte como un dragón, creo que puedes hacer todo —dijo sonriente.

—No puedo —mi voz y mis rodillas flaquearon y un torrente de culpa que había logrado controlar con base en la disciplina y el entrenamiento termino por desbordarse.

Note que inconscientemente había caminado hacia atrás y que mi espalda estaba pegada a la pared húmeda; solo quería huir de lo que Jane me ofrecía, Para mí, era como si me estuviera mostrando una pistola.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te pones así? —pregunto al reconocer el pánico en mi mirada.

Mi espalda se deslizo por la pared y me senté en el suelo. Había llegado la hora de revelar mi más oscuro secreto a la persona que menos quería que lo supiera.

—Jan, fue mi culpa —confesé temblando—. Yo provoqué el incendio en la mansión hace tres años. ¿Y sabes como lo hice?

Con mi cabeza señale el pedazo de papel que sostenía en la mano.

—Soy una asesina.

Silencio. Por primera vez en tres años, avergonzada, baje la cabeza.

—No, no lo eres —me dijo y se arrodillo para estar a mi nivel—. Te conozco y tú jamás harías algo así, jamás utilizarías tu poder, a menos que alguien de verdad se lo mereciera. Todos en Puerto Esmeralda aplaudieron el castigo que le diste.

—Ese es el punto —replique molesta—, no me correspondía a mi castigarlo; me deje llevar.

—¿Y qué importa eso ahora? —Pregunto acariciando mi cara—Nadie te juzga.

Jamás admitiría delante de él que sentía que me aguardaba un castigo muy grande por lo que había hecho. El miedo a ese castigo me paralizaba y tenía el presentimiento de que no pasaría mucho tiempo antes de que se cumpliera.

—Tienes en tus manos el poder para sacarnos de aquí e ir por tus hermanos —dijo y me ofreció otra vez la pluma y el papel—. No lo desperdicies en remordimientos.

Entre furiosa y molesta, le arrebaté el papel de las manos y escribí lo primero que se me ocurrió:

Alguien aquí está de nuestro lado

Y nos sacara de este lugar

En un abrir y cerrar de ojos, una joven kichéh se acercó a la celda. Era Matilde. A sus catorce años se había estirado por completo y se veía hermosa, Mas tarde nos contaría que llevaba viviendo un año con su tía, quien trabajaba en la prisión.

—¡No puedo creerlo! —exclame al abrazarla—. Has crecido tanto, te ves muy linda.

—Abi, te extraña tanto —me dijo—. Nunca pude agradecerte por haberme salvado de ese hombre.

Matilde no había llegado sola. Tenía a su lado a Danya, que miraba únicamente a Jan.

—Esta chica me contó que mi padre te encerró aquí —le dijo preocupada a Jan—. ¿Por qué te encerró en la prisión?

—Es una larga historia y no podemos contártela en este lugar —sostuvo encaminándose a la salida de la prisión—. Acompáñanos, tienes que saber la verdad.

Confundida, Danya acepto caminar con nosotros, no sin antes fulminarme con la mirada, de seguro preguntándose qué tanto tenía que ver yo con todo esto.

—Matilde, ¿has visto a tres chicos de apariencia extraña?

Le di a mi vieja amiga santo y seña de mis hermanos, con la esperanza de que supiera en donde podía encontrarlos.

—Dos de ellos están en la torre norte y el tercero no se en donde lo tengan.

Corrimos hacia la torre norte y nos encontramos con Sascha y Bruno a medio camino. Los pillos se las arreglaron para escapar engañando a un guardián, a quien le hicieron creer que eran brujos.

—Esa ya me la sabia —bromeo Jan recordando que yo también lo había hecho en el pasado.

Los aparte un momento para que Danya no escuchara lo que tenía que decirles, no antes de las explicaciones acerca de su origen.

—¿Dónde está Diego?

—No sabemos —respondió Bruno—, pero si tu estas bien y nosotros también, entonces no podemos convertirnos también, entonces no podemos convertirnos porque...

—Porque él no está bien —completo Sascha—. Tenemos que encontrarlo antes de que le pase algo peor.

—Y también tenemos que dar con el Quinto Dragón antes de que se convierta y el emperador lo mate —sugirió Bruno.

—No se preocupen por eso —les anuncie—. El emperador no va a matar a su propia hija.

Gire mi mirada hacia la chica rubia que estaba parada junta a Jan.

—¿Es ella? ¿Cómo la encontraste? —pregunto Sascha casi gritando de la sorpresa.

—¡Shhhhh! ¡Todavía no sabe nada!

Los tres contemplamos a quien creíamos era el Quinto Dragón, armando rompecabezas en nuestras mentes.

—Tienes que llevártela —dijo Bruno con firmeza —, tienes que llevártela ahora que puedes, antes de que su padre descubra que la tienes.

—Pero primero tenemos que rescatar a Diego —argumente.

Bruno y Sascha se miraron el uno al otro, preparándose para lo que iban a decir.

—Nosotros lo haremos —dijo finalmente Sascha —. Será mejor que te quedes con ella, lista para huir en cuanto puedas transformarte.

—¿Qué? No, por supuesto que no —objete y cruce los brazos —. Diego también es mi hermano y no me voy a quedar sentada mientras ustedes se ponen en peligro.

—Abi, el Quinto Dragón es muy importante; es la razón por la que estamos aquí, ¿acoso lo has olvidado? —argumento Bruno —. Si por algún descuido vuelve a estar en manos del emperador, jamás podremos recuperarla.

—Esta bien, se dé su importancia —admití —, pero entonces quiero cambiar mi lugar con unos de ustedes. Prefiero ir y pelear si es necesario, a quedarme esperando; eso me volvería loca.

—Sabemos que tu eres la más rápida volando y nosotros dos los mejores peleando —argumento Sascha; era extraño verlo tan serio —. Lo más conveniente será que nosotros vayamos, en caso de que haya un enfrentamiento.

Tenía razón, yo no era tan buena en la batalla. Me quede pensando un minuto si debía aceptar lo que proponían.

—Ya no discutas mas —sugirió Sascha —, estamos perdiendo tiempo.

El trato fue que ellos irían en busca de Diego y que lo pondrían a salvo, para que, en cuanto todos pudiéramos tomar nuestra forma de dragón, voláramos a las Islas del Norte. A mí me tocaba esperar en alguna parte de las terrazas del castillo, lista para volar

y llevarme a Danya en cuanto pudiera. Puesto que Jan no podía volar con nosotros, Matilde lo conduciría por uno de los túneles subterráneos para sacarlo de la ciudad. Mientras tanto, debíamos explicarle todo a Danya.

—¿Qué es lo que está pasando, Jan? —pregunto Danya alterada —. Te desapareciste en el desierto hace semanas y vuelves a aparecer en la prisión con esta gente. ¿Quiénes son ellos? ¿Qué es lo que quieren?

—Danya, ¿confías en mí?

—Tu sabes que si —respondió molesta —, es en ella en quien no confié —me señalo.

Hubo un silencio incomodo.

—Llegaras a hacerlo, así como yo confié en ella —argumento Jan, su mirada se dirigió momentáneamente hacia mí —. Por ahora basta con que me escuches ¿está bien?

Danya asintió y Jan le contó la historia más descabellada que la princesa escuchado.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto anonadada.

Por supuesto, no nos creyó nada.

—Yo no sé si tu viste un ejército de dragones estando bajo el hechizo de esta bruja — argumento la chica y me dirigió una mirada despectiva —, pero, eso si te digo, yo no soy un dragón y no voy a ir a ningún lado con ella.

—No es una bruja —replico Jan.

De verdad no hubiera querido intervenir en su plática, sin embargo no me quedo otra opción.

—Mira, princesa —me dirigí a ella en tono sarcástico —, si, nosotros perdemos esta batalla y no te llevamos lejos de aquí, tú te vas a pasar la vida matando a gente inocente y entregando tierras a tu querido papá —sentencie y la mire directamente a los ojos —. Así que puedes elegir creer o no lo que Jan te contó y odiarme todo lo que quieras, pero yo no voy a correr ningún riesgo. Tú te vas conmigo.

Danya no tuvo tiempo de discutir; su réplica quedó interrumpida por una ensordecedora explosión, justo en la terraza debajo de nosotros. Había llegado la hora de la verdad.



El Quinto Dragón

Jan

Algo dentro de mi me decía a gritos que no debíamos separarnos, era un presentimiento tan sólido que casi podía tocarlo, Me estaba poniendo muy nervioso.

Después de la explosión, tres dragones salieron volando, mientras las tropas imperiales los perseguían, portando armas hechas de piedras preciosas, las cuales formaban parte de una colección de dragones muertos. Al ver a los dragones combatir, Abi supo que ya podía convertirse y aunque el plan era que ella saliera volando con Danya, decidió algo diferente:

—Esperen aquí, tengo que ir a ayudar a mis hermanos.

La sujete de un brazo antes de que pudiera dar un paso más. No me importaba que me creyera un cobarde, no quería que se fuera, no quería que le pasara algo. Ella reconoció mi mirada y la entendió; por supuesto, no hacían falta palabras, me conocía demasiado bien para saber que mis actitudes protectoras hacia ella no habían cambiado ni un poco en los últimos años.

—No va a pasarme nada —me aseguro acariciando mi cara con su otra mano.

Había en su expresión algo mas, algo que había visto antes, una interrogante: “¿Confías en mi?”. En el pasado falle pero no lo haría de nuevo:

—Creo en ti, en las leyendas kichéh, en los dragones y en cualquier cosa que me digas —le confesé sin más lo que le debí haberle dicho antes —. Creo en tu fe y en tu poder de corregir lo que sea. Creo en tu magia porque al primero que salvaste fue a mí.

—¡Gracias! —exclamo mientras me llenaba de besos —. Eres mi fuerza. Voy a pelear con todo mi ser y a ganar esta batalla, solo para regresar aquí contigo.

*El quinto
dragón*

Me beso y abrazo una vez mas y luego se fue. Abi se tiro al vacío y emergió un hermoso dragón blanco con ojos dorados. Vi como se unía a sus hermanos dragones en combate y, por primera vez en mucho tiempo, reze para que estuviese a salvo. Junto a mí, Danya observaba el enfrentamiento. Tal vez ver a su especie en combate la ayudaría a transformarse; según las leyendas kichéh ese era el día en que el Quinto Dragón aparecería.

Al ver el combate, no podía apartar mi vista del dragón blanco. Me sentía inútil parado y esperando; quería combatir también, ayudar a Abi, quería ser un dragón igual que ella. Ese deseo se hizo más fuerte al ver como centenares de soldados atacaban a las criaturas fantásticas con lanzas, espadas y flechas. Cada dragón combatía a un gran número de hombres y, si bien era cierto que a un dragón no era fácil herirlo, tampoco era imposible matarlo. Después de todo, los humanos se las habían arreglado para prácticamente extinguir a los dragones. Vi surgir al mismísimo emperador de entre esa multitud de hombres, quien llevaba la espada más grande. Fue fácil descubrir de que estaba hecha su arma, de lo que contenía aquel ridículo cetro: el corazón del último dragón que el emperador había matado. El corazón de Abigail era una esmeralda gigantesca que sirvió para que el emperador tuviese poder y un arma letal contra sus enemigos.

El dragón blanco escurría gotas rojas por todo su cuerpo y la dejaba en el campo de batalla mientras se arrastraba. Los soldados y el emperador habían puesto especial interés en ella. Deje de respirar cuando vi que el dragón blanco se desplomo en el suelo. Todo el mundo desapareció; no sabía que había pasado con los demás, si se encontraban vivos o muertos, tampoco si Danya se había convertido. Observe la pesada respiración de Abi y como el emperador se le acercaba con una malévola sonrisa y la espada lista. Iba a rematarla.

Lo que hice fue irracional, pero era lo que el instinto me ordenaba hacer. Algo dentro de mí ardía y por una fracción de segundo pensé que así debió sentir minutos antes de morir aquel hombre que robaba niñas en Puerto Esmeralda. Fuego vivo emanaba de mí, yo era el fuego mismo. Entonces lo entendí. Salte al vacío, sin caer ni romperme la cabeza al pegar contra el suelo. Mi cuerpo de humano se desvaneció y en su lugar apareció un poderoso dragón.

Volé hacia Abi como un rayo y de un codazo aparte al traidor. Volé alrededor separando humanos de dragones con el fuego que salía de mi boca. Debí haber sido un dragón muy impresionante y furioso porque los rostros de todos estaban llenos de miedo. Los mejores hombres del emperador, mis compañeros, se veían absolutamente

confundidos; no podían atacarme porque el mismo gobernante se los había prohibido, creyendo que el Quinto Dragón era su hija. No sé cuánto tiempo paso; tal vez segundos, quizá minutos. Durante mi primer recorrido vi como el emperador volteo hacia el balcón de la torre y encontró a su hija. Ahora lo sabía; todos estos años había estado equivocado y su hija no era un dragón. Furioso, cruzo el fuego y se dirigió hacia mí. Cuando por fin estábamos frente a frente me dijo:

—Hoy voy a acabar con ustedes, no será difícil hacerlo.

No reconocí al hombre viejo del desierto que moría de miedo antes de la batalla contra sus enemigos hermanos. ¿Por qué para ese guerrero humano pelear con seres titánicos era más fácil que hacerlo contra los de su propia clase? No tenía sentido. El káiser se movía con la agilidad de un joven soldado, energético y valiente. Sus arrugas y el pelo gris y blanco desaparecieron, y en su lugar quedo una máscara de ojos verdes, llena de soberbia y triunfo. Ese hombre no había matado un dragón, su práctica iba más allá. ¿De dónde habían salido todas esas armas para enfrentar a Abi, Bruno, Sascha y Diego? Un solo corazón jamás le hubiese bastado. El provenía de una antigua familia de cazadores que no nos tenían miedo y que se dedicaba a buscarnos y matarnos. El emperador había matado a su primer dragón a los quince años y Abigail fue el número veintidós en su larga lista.

El más brutal asesino de miembros de nuestra especie estaba parado frente a mí, moviendo sus pies como si en lugar de una cacería se tratara de un baile que se supiera muy bien. Adivinaba todos mis movimientos y por ello pague con heridas profundas en mi piel recién estrenada. Estaba rodeado de fuego, pero solo su espada verde me quemaba y yo, confundido en mi nuevo cuerpo, solo podía aventar llamas y seguir mi instinto. Me sentía pesado y torpe; quería aplastarlo sabía que podía. Sin embargo, no era lo suficientemente rápido para hacerlo.

Mi verdugo me llevo hasta el final de la grandiosa terraza, aquella en la que hubo tantos bailes a los que había asistido, acompañado de la propia hija de mi enemigo. Era el final de la terraza y el principio de la muralla; estaba acorralado y sabía que nada me podría salvar. En los últimos momentos del enfrentamiento pensé en Abi; después de que acabara conmigo, de seguro iría a buscarla y compartiría mi final. No podía permitirlo. Me arrojé encima de él, sabiendo que su espada estaría lista para recibirme y así fue. La espada me atravesó el pecho por completo y se quedó enterrada en mí. Fue entonces el momento de mi venganza; tome al emperador desarmado con mi boca de fuego y volé lo más alto que pude. Estando en el aire sentí como el cuerpo de mi enemigo se transformaba en sal; lo que Fausto algún día dijo a sus estudiantes era verdad; ningún

humano podía volar con un dragón. Estrelle la estatua de sal contra la muralla que el mismo había construido. Lo arrojé con tanta fuerza que pude escuchar como sus huesos y su cráneo salados se rompían con el impacto.

El emperador estaba muerto y yo también. Había una espada de fuego dentro de mí. Mi corazón seguía latiendo, con seguridad así seguiría por horas; no obstante, sabía bien que moriría. La ciudad estaba en llamas y Abi malherida, ambas se recuperarían aunque yo ya no lo viera. El fuego sobre la muralla fue lo último que vieron mis ojos y mi último pensamiento fue para lo que más había amado en la vida; pensé que por ella había valido la pena morir también.

Abi

Cuando recobre el conocimiento era humano otra vez. Lo último que recordaba era haber visto al Quinto Dragón. ¡Era majestuoso! Era azul medianoche, tal como las leyendas describían a Arhén. Al abrir los ojos por completo vi sangre por todos lados. “¿Mi sangre?”, me pregunte. Me sentía fatal y por instinto mire hacia la torre, en busca de Jan, sin encontrarlo. En su lugar encontré a Danya y desde allí las cosas empezaron a tener sentido. Danya lloraba y gritaba. Algo había pasado. ¿Qué era lo que gritaba? Gritaba el nombre de Jan una y otra vez. ¿En dónde estaba él? Sentí pánico de no saber. Inspeccione el lugar rápidamente y me encontré a mis amigos que, como yo, se recuperaban de las heridas, y a un río de cadáveres del ejército imperial. ¿Dónde estaba Jan? Seguí caminando por el campo de batalla y, de entre el resplandor del fuego que se extendía, distinguí una figura enorme e inmóvil. Era un dragón, el dragón majestuoso que me había salvado la vida y a quien habíamos estado buscando todo este tiempo.

Empujada por una fuerza invisible, me acerque a él. Su respiración estaba por apagarse, se estaba muriendo y sus ojos de mar entreabiertos se despedían de mí. Temblé y sentí una tristeza aguda que me cortaba por dentro al encontrarme con su mirada azul; parecía tan conocida. Fueron sus ojos y esa tristeza lo que me impulso a tocarlo. Entonces lo supe. El contacto con su piel, su aroma y su mirada me lo dijeron; no podía ser nadie más. Lo reconocí tal y como él lo había hecho conmigo apenas tres semanas atrás. Era Jan.

—¿Jan? — lo llame despacio y el Quinto Dragón cerró sus ojos para siempre —. ¡Jan! ¡No, por favor! ¡No eres tú, no eres tú!

Un par de brazos o tal vez tres pares me sostenían y me alejaban de él. Yo gritaba, pataleaba y peleaba contra mis cadenas de carne y hueso. Los brazos me hablaban, pero para mí estaban muy lejos.

*El quinto
dragón*

—Tranquila, tranquila...

—Todo está bien, tú estás a salvo...

—Abi, suéltalo, tienes que dejarlo ir.

Había logrado liberarme de los brazos de mis amigos y ahora aferraba los míos al cuerpo de dragón de Jan. Todo era borroso y lejano; no sabía si sollozaba o gritaba o si estaba en silencio. Hundí mi cara en su largo cuello y en su piel aun tibia. Su corazón todavía latía. Su corazón seguía vivo.

Me levanta de prisa y, vehemente, busque entre la sangre y la piel del dragón hasta encontrar una espada de esmeralda. Tome la empuñadura entre mis manos nerviosas y tire de ella para sacarla del cuerpo de Jan. La herida le había abierto el pecho; yo avente el arma a un lado, lo más lejos que pude y comencé mi tare, cual fue el peor de mis castigos. Sollozaba y temblaba sin control, escuchaba mis propios gritos como si estuviera fuera y dentro de mí al mismo tiempo. La sangre de Jan salpico el vestido blanco que traía puesto y hasta mi propia piel; mis manos estaban llenas de sus entrañas y tuve que hundir mis brazos hasta los hombros dentro de su pecho para poder sacar la legendaria piedra preciosa que hacía las veces de corazón en un dragón.

No la encontré.

Dentro de mi mejor amigo no había una joya, sin un corazón humano.

—Por supuesto, por supuesto —llore enloquecida mientras sostenía el corazón vivo de Jan en mis manos—. Por eso el Quinto Dragón es tan especial, solo él podía tener un corazón humano.

El aire dejo de existir y ya no quería respirar más.

¡Qué irónico era todo aquello! La locura amenazaba con entrar en mi cabeza de tan solo pensar que en esa ocasión tomar una decisión egoísta era la mejor opción para todos. Si yo hubiera... si yo hubiera... si yo hubiera, si, ojala hubiera huido con Jan lejos, sin importarme un bledo donde diablos estaba el Quinto Dragón, no estaría este sin vida tumbado al lado de una muralla. Había matado a la persona que amaba.

Rumbo a Isla Azul

Cuando los ancianos Fausto y Aries me encontraron, yo ya había atravesado la gran muralla de la ciudad y deambulaba como un espectro perdido, arrastrando sangra propia y ajena.

Ariel intento detenerme en sus brazos maternos y por un momento desee poder resignarme y quedarme en ellos, pero no lo hice.

—La Dama Eterna —fue lo único que salió de mi garganta lastimada por los gritos.

Les enseñe lo que tenía en mis manos y ambos maestros se miraron el uno al otro sorprendidos, tal vez no tanto de ver un corazón humano en mis manos, sino de que hubiera sido capaz de arrancarlo a su dueño.

—¿Qué hacemos? —pregunto Fausto a Ariel mientras yo continuaba mi marcha —. No podemos dejarla que vaya así y tampoco vamos a detenerla.

Tenía razón, no lograrían detenerme. Aunque el terrible dolor humano me impidiera ser un dragón, yo seguiría mi camino hasta Isla Azul.

—Esta herida, tenemos que curarla antes de cualquier cosa —recomendó Ariel echándome un vistazo.

—¿Y tú crees que nos va a dejar? —rió Fausto —. En estos momentos solo existe una cosa para ella y sabe que quizá no quede mucho tiempo.

Se miraron unos momentos y yo sabía que, después de tantos milenios juntos, se podían leer el pensamiento.

—Está bien, la llevaremos entonces a Isla Azul —resolvió Ariel.

Antes de partir, me alcanzo la que sería la nueva gobernante de la Isla del Sur.

—Espera, ¿adónde llevas el corazón de Jan? —me pregunto Danya deteniéndome del brazo.

—Se que no conoces nuestras leyendas, pero esta es la única manera que tengo de traerlo de vuelta.

Pensé que cuando me atreviera a mirarla a los ojos descubriría un odio implacable en contra de mí; en su lugar encontré compasión. Fue cuando entendí lo mucho que Danya había perdido esa noche.

—Perdóname —le dije con sinceridad —, todo esto es mi culpa.

Ella negó con la cabeza y mirándome a los ojos afirmo:

—Eras lo único que él quería. Tráelo de regreso.

Una parte de mi tuvo miedo de lo que esa chica podía hacer. Al montar en el lomo de Ariel, si sería como su padre o sería una mejor gobernante. No conocía a Danya, pero Jan si y el tenía fe en ella, entonces yo también lo haría.

Por los aires llevaba la tonta canción que Jan siempre silbaba. Había llegado a odiarla por la repetición y a amarla porque venía de él. Y ahora estaba atorada en mi cabeza, en un momento tan perversamente inconveniente. Llegue a pensar que esa melodía la silbaba el tesoro que, aun tibio, latía en mis manos. En ningún momento deje de hablarle y lo arrime a mi propio pecho.

—¿Te acuerdas, mi amor, que saliste del mar? Yo misma vi como naciste de allí...

Le conté todos los detalles de todos los días que pasamos juntos, nuestra vida fugaz, le enumere todos los gestos que él hacía y como su voz estaba tan arraigada en mi que aun en esos momentos yo podía escucharlos silbar.

Volaba como humana a toda velocidad, acostada en el lomo de Ariel y protegida por mis tres hermanos que me lanzaban furtivas miradas de preocupación, Ariel y Fausto se dirigían a Isla Azul, antes de que fuera demasiado tarde y el corazón de Jan muriera en mis manos. Pase todo el viaje susurrando incoherencias a mi mejor amigo ausente y llorando. El dolor físico me quemaba la espalda y las costillas; estaba segura de que más de una cosa se había roto en esa batalla injusta. Batida en sangre, no me di cuenta de que gran parte era mía. Me estaba muriendo.

—¡Abi, despierta!

Fue Bruno quien con varias palmadas logro despertarme en tres ocasiones.

—Lo siento no te puedes dormir —se disculpo apenado —; sería demasiado peligroso.

Mis hermanos dragones tenían miedo de que ya no despertara y yo reconocía que había una gran posibilidad de que eso pasara. Ninguno de los tres se veía mejor que yo, tenían heridas y golpes en todo el cuerpo. El brazo izquierdo de Sascha estaba hecho pedazos y apenas se podía reconocer el rostro hinchado y ensangrentado de Diego, mientras una mancha roja y café se extendía en el abdomen de Bruno. A pesar de sus heridas, todos sostuvieron mi mano libre, limpiaron mis lágrimas y acariciaron mi cabeza mugrosa.

Había sido una noche muy larga; la luna brillaba, blanca y sublime, cuando llegamos a la costa de la Isla Azul. Fausto y Ariel me dijeron que no podían acompañarme más. Yo portaba el corazón y yo era la única que podría encontrar a la Dama Eterna.

—¡No podemos dejarla que vaya así! —reclamo Bruno —. Apenas si puede mantenerse en pie, no va a llegar.

—Bruno, está bien —interrumpí, aun sabiendo que tenía mucha razón —, yo tengo que llegar y lo voy a hacer.

Me despedí de mis maestros y contemple a mis hermanos. Bese a cada uno de ellos en la frente y los abrace.

—Debo ser el peor líder de un clan en la historia —dije en parte como un chiste y en parte como una disculpa —. ¡Lo siento tanto!

—Fue un honor —expreso Diego por los tres —. Regresa, aun queda mucho por hacer juntos.

Los abrace de nuevo y partí. Supe que no los vería más. Era otra despedida.

La Dama Eterna

Dicen que a la Dama Eterna sólo se le puede ver una vez en la vida. Son muy pocos los que han llegado a Isla Azul, pero, a quienes lo han hecho, la Dama Eterna les ha cumplido su deseo más anhelado. El simple hecho de llegar a Isla Azul los hace dignos, puesto que la Isla sólo se revela a los que merecen llegar a ella.

Me preguntaba con frecuencia si sería digna. ¿Cuáles eran las condiciones? No era buena; cargaba en mi conciencia un secreto, un accidente. Había sido un accidente, sí, no obstante, lo odié por lo que le había hecho a tantas niñas, por lo que quería hacerme a mí, y eso hizo que ese hombre ardiera.

Al dejar la costa me introduje en una selva verde y mojada, el suelo estaba tan tupido de plantas que con trabajo pude avanzar, aunque, eso sí, llena de arañazos. La luna apenas iluminaba un débil sendero entre las plantas y los ruidos desconocidos de la selva bravía me hicieron temblar. Me aferre al corazón que aun latía y continué mi marcha, sin percatarme de que detrás de mí iba dejando un rastro de sangre que me debilitaba cada vez más. Deseaba con todas mis fuerzas llegar, aunque fuera moribunda, y encontrar a la Dama Eterna para pedirle que reviviera al Quinto Dragón.

Entonces, el sendero angosto se ensanchó y las plantas salvajes que arañaron mis rodillas se hicieron a un lado. Delante de mí había una cascada azul que parecía estar suspendida en el tiempo. Había llegado.

Siempre imaginé a la Dama Eterna como una emperatriz que permanecía inmóvil e inmaculada en un trono de oro; sin embargo, no había palacios o templos en la Isla; más bien parecía un paraíso natural, llenó de cascadas y riachuelos, donde todo era verde y los árboles estaban en flor. El recuerdo fugaz de la pequeña huerta de la abuela cruzó mi memoria y se desvaneció cuando vi a quien estaba buscando. Callada y tranquila, la Dama Eterna reposaba a la orilla de un río de agua cristalina y parecía no haberse percatado de mi presencia. No portaba ninguna corona y, cubierta por un velo transparente, parecía un espíritu, un espectro que no se había ido completamente. Era difícil ver su rostro; aun así advertí que sus ojos eran color púrpura, su piel tan oscura como la de cualquier kichéh y su cabello más blanco que la nieve de las montañas del norte.

El corazón de Jan latió entre mis dedos; se debilitaba más con cada minuto que pasaba; lo apreté un poco con mi mano, deseando que jamás dejara de latir y me acerqué a la Dama Eterna. Quise decirle tantas cosas, contarle toda mi historia, rogarle por la vida de Jan, pedirle perdón por lo que me había atormentado durante estos tres años; pero, en lugar de eso, me arrodillé ante ella y, sin poder contenerme más, lloré.

—¡Por favor! ¡Por favor! —fue lo único que pude balbucear entre sollozos, mientras le ofrecía el débil corazón de Jan con la mano.

La Dama Eterna se arrodillo también y acarició mi cara de modo maternal. Me preguntaba si ella sería lo suficiente compasiva para ayudarnos a Jan y a mí.

—Por favor —rogué una vez más, esta vez en voz baja—, el corazón de mi amigo, de mi amor, ya casi se detiene; si no lo ayuda ahora, él no podrá regresar, él va a...

No pude terminar la frase, mi garganta se había cerrado y mis ojos se encontraban llenos de lágrimas.

—Sé a lo que has venido, mi niña —fue lo primero que me dijo; su voz era suave y tranquilizadora—. Yo sé todo lo que hay en tu corazón.

¿De verdad sabría todo lo que había dentro de mí? ¡En mi mente habitaban tantas cosas! Luchas, entrenamientos, deber, culpa, remordimiento, dudas y miedo. En mi corazón estaban mis días en Puerto Esmeralda, las leyendas kichéh, el mar, mi abuela, mis hermanos y Jan.

—Sé que tal vez no soy digna de tu ayuda, sé que he cometido errores, que he hecho cosas muy malas —confesé asustada—, pero Jan es bueno y no había nadie más que viniera a ti para rogar por su vida.

—¿Que es lo que te ha hecho indigna de mi ayuda? ¿Qué mal tan grande has hecho?

—Maté a un hombre.

—¿De verdad fue de ese modo? ¿De verdad quisiste matarlo?

No comprendía por qué me torturaba con esas preguntas. Sí, yo maté a ese hombre, porque deseé que él desapareciera, que le pasara algo malo, cualquier cosa con tal de que no atacara a una chica más, con tal de que no me tocara. Pensé en los momentos antes de que él ardiera, recordé el rostro aterrorizado de Matilde, en sus gritos

agudos de súplica mientras él la manoseaba. No estaba pensando en nada en esos momentos, la desesperación y la impotencia no me lo permitían; fue entonces cuando la palabra "fuego" apareció en mi cabeza con todas sus letras. Me vi a mi misma escribiendo esa palabra con un pedazo de carbón sobre el suelo. Y el hombre ardió.

—No —respondí—, no quise matarlo, sólo pasó.

—La vida de un ser es sagrada —dijo con severidad, y por un minuto pensé que me condenaría —, ese hombre nunca supo respetar siquiera su propia vida. Él mismo forjó su destino. Abusar de inocentes, sabiendo todo el mal que les causaba, lo hace aún más pecador que un asesino.

"Algún día debía toparse con alguien sin miedo y con sed de justicia. Tú no deseaste que él muriera, sino que dejara de lastimar a tu amiga. Ése fue tu verdadero deseo; eso, más una reacción instintiva hicieron que él se detuviera".

Al escucharla sentí una oleada de alivio. Por primera vez pude creer que lo que pasó había sido en verdad un accidente.

—Tus deseos son más poderosos, Abi, no sólo por tu naturaleza, sino por tu fuerte voluntad —dijo levantando mi barbilla para que la mirara a los ojos—. Nuestros deseos no siempre nos conducen a desenlaces tan trágicos como el de ese hombre.

“Son nuestros anhelos más desesperados los que nos llevan a realizar viajes épicos, a encontrar lugares imposibles y a realizar las tareas más inimaginables.

"Muchos vienen en busca de mí y de esta isla deseando poder y riqueza. Esos deseos no nacen del corazón, sino de la avaricia. Por eso, aunque ellos jamás hubiesen cometido una falta grave, jamás pueden llegar a mí. Su corazón no puede guiarlos hasta aquí".

Yo no deseaba riquezas ni mucho menos poder; mi único deseo era estar junto a Jan y que él viviera.

—Sé cuál es tu único deseo, por eso pudiste llegar a la Isla —sostuvo tranquila—. Ahora te pregunto ¿Qué estarías dispuesta a hacer para que Jan viviera?

—Todo— dije si chistar.

No lo note hasta que pronuncie esa última palabra; en mis manos, sostenía un corazón completamente quieto. Entonces, la angustia atravesó mi cuerpo. ¿Acaso era demasiado tarde?

—¡Tienes que revivirlo! —era una exigencia y no una petición, mi desesperación me impedía ser amable.

—No puedo —respondió apenada—, la única manera en que yo hubiese podido revivirlo era si su corazón aún latía.

—Su corazón latía cuando llegamos aquí —dije atormentada y exasperada. Se había perdido mucho tiempo en explicaciones.

Me derrumbé en el suelo, dispuesta a quedarme allí para siempre. ¿De qué servía todo, si Jan no vivía?

—Yo no puedo hacerlo, pero tú sí —declaró y mis pulmones se llenaron de aire de nuevo—. La única manera es que ambos regresen al lugar de donde vinieron.

—Pero ¿cómo podemos volver? —interpuse confundida—. Yo no tengo ni la menor idea.

—Jan y tu vienen del mismo lugar —explicó sonriente—; están separados por miles de kilómetros y un océano, sin embargo sigue siendo el mismo lugar.

No entendía muy bien de qué hablaba, pero llegaría a hacerlo. Con el tiempo entendería que un planeta es muy grande y que una persona es difícil de encontrar.

—Ninguno de los dos recordará, pero tú pensarás que es una buena historia para escribir.

No quería olvidar. No quería olvidarme de las Islas, de Puerto Esmeralda, de mi abuela, de mis hermanos dragones y mucho menos de Jan. Este lugar había sido mi hogar durante mucho tiempo.

—No entiendo nada —confesé.

—Es muy sencillo. Tienes un don: todo lo que escribes se vuelve realidad. Fue así como llegaste a las Islas, y así será como irás a casa.

Debíamos volver, para que yo escribiera esta historia y le diera un final.

—¿Qué va a pasar con las Islas? -pregunté preocupada por lo que había causado.

—Sólo cuando escribas el final juzgarás si esta tierra se merece un final feliz.

Un final feliz. Esas palabras resonaron en mi cabeza. ¿Acaso podría escribir un final feliz para Jan y para mí?

—¿Por qué no lo intentas? -preguntó la Dama Eterna ofreciéndome papel y un bolígrafo.

Sin soltar el corazón inmóvil, tome el papel y con un poco de miedo comencé a escribir:

La noche en que conocí a Jan lo vi salir del mar, como si de allí hubiese nacido...

La canción de Jan

Jan

Ahí estaba ella, esperando por mí en la playa. No me importó estar empapado ni que mi adorada chamarra de piel estuviese arruinada ni las pesadas botas atascadas de arena por dentro y por fuera; corrí e iba tan rápido que por un momento creí volar.

No había heridas mortales ni sangre, todos los cuerpos de los soldados y la muralla de la ciudad habían desaparecido. Abi se veía igual que la noche en que la conocí y me sonreía. Era un milagro, ambos estábamos vivos y teníamos quince años otra vez. Precisamente habíamos vuelto a aquella noche. La apreté entre mis brazos y reí al sentir cómo los suyos me rodeaban también. La llene de besos y le dije mil veces lo mucho que la amaba.

Pensé que la Dama Eterna era quien nos había hecho el regalo de regresarnos el tiempo perdido, pero me equivoqué. Abi me contó con tristeza lo que estaba por suceder y que ella y yo debíamos irnos de las Islas. Me aterrorizó la noticia, no quería dejarla un día más, tres años ya había sido demasiado tiempo.

—Jan, escúchame; esta es la única manera.

Me contó todo lo que había pasado después de que me hirieron, como sacó mi corazón que aun latía, cuando sus maestros llegaron, su viaje a Isla Azul, su encuentro con la Dama Eterna y nuestra historia, toda nuestra historia.

—Tengo mucho miedo —dijo ella refugiándose en mi cuello —; tengo miedo de olvidarte. ¿Cómo te voy a encontrar?

—Vamos a encontrar la manera, ya verás —dije con un optimismo que sin duda no era típico en mí, porque en realidad no sabía como.

Sentí algo en mi espalda; había estado tan feliz de ver a Abi, y luego tan preocupado porque tal vez sería la última vez, que no note que cargaba algo que creí perdido hace mucho tiempo.

—¡Mi saxofón! —grite feliz como un niño.

—Tu saxofón —repitió Abi, limpiándose las lágrimas y haciendo un esfuerzo para sonreír. Ahora si vas a tener que tocarme la canción que siempre tarareabas.

Entonces tuve una genial idea.

—¡Así es como vamos a encontrarnos! Tú vas a escribir nuestra historia y yo voy a tocar nuestra canción.

—¿Nuestra canción?

Vi su sonrisa por primera vez en un buen rato y eso me hizo sentir mucho mejor. Ver su sonrisa me hacía pensar que todo saldría bien.

—Nuestra canción, tú canción.

Música defectuosa salía de mi saxofón. Estaba nervioso y al mismo tiempo contento de tocar para mi mejor amiga.

No era una canción, sino una plegaria, nuestra única esperanza de algún día estar juntos. La canción no estaba completa, siempre fue un simple tarareo de notas inventadas, pero la completaría.

—Haré que el mundo escuche esta canción con tal de que llegue a tus oídos —le prometí aferrado a ella. Sabía bien que no nos quedaba mucho tiempo.

—Y yo haré que mi historia esté en cualquier lugar, para que tú también puedas leerla.

¿Qué se le dice a la persona que más amas cuando te despides de ella? A veces, "te amo" parece insuficiente; sin embargo, lo repetí sin cesar. Seguía aferrándome a su ropa, ambos llorábamos porque ninguno se quería ir. Podía escuchar sus sollozos y eso hacía que me doliera todavía más.

—Quiero estar contigo.

—Quiero estar contigo para siempre.

Fue lo último que le escuche expresar; me quede sollozando con las manos vacías.
Ella ya se había ido.



Epílogo

Diez años después

Había una vez una niña que le gustaba escribir. Siempre prefirió vivir entre dragones e islas que en un hogar lleno de gritos, odio y, en algunas ocasiones, golpes.

Su padre era un hombre muy poderoso y exitoso y eso lo convirtió en un padre inadecuado. El dinero y los lujos nunca faltaron en esa casa; su esposa y sus hijos podían tener cuanto desearan, siempre y cuando lo obedecieran sin cuestionarle y se hicieran de la vista gorda cada vez que él hacía algo mal.

Tenía dos hijos varones que eran su orgullo y lo complacían en todo y una hija mala que lo desafiaba cada vez que se presentaba la oportunidad. Odiaba la falta de control que tenía sobre ella, simplemente parecía que vivía en un mundo en el que él no podía entrar. Para domarla, le quito cualquier tipo de privilegios y distracciones; le retiró sus libros que, en su opinión la llenaban de ideas en su contra y la encerró en su cuarto, sin que ella tuviera nada más que hacer que la tarea del colegio. Ella se aburría como ostra; al contrario de sus hermanos, odiaba los números y las tediosas tareas de matemáticas, que de todas formas no entendía. Por un tiempo pensó que su padre la tendría allí para siempre y moriría de aburrimiento, hasta que un día, sentada frente a una página en blanco, tomó una pluma y se puso a escribir.

Eran puras tonterías incompletas y sin sentido, pero que la entretenían bastante bien. Dejó de necesitar cualquier otra fuente de diversión y la niña siguió creciendo sin dejar de escribir.

A los trece años imaginó una historia grandiosa, la mejor que se le había ocurrido hasta el momento y decidió ponerla en papel. Estaba tan entusiasmada con ella que descuidó todo lo que había a su alrededor, incluyendo las órdenes de su padre, que se preguntaba qué rayos le pasaba y por qué sonreía como si acabara de ganar una fortuna. Le molestaba ver lo feliz que era sin necesitarle a él.

La noche en que terminó el manuscrito esta tan feliz que olvidó esconder todas las hojas de papel y las notas en las que estaba plasmada la historia y se escapo a la calle por la ventana para celebrar respirando el aire fresco. Su padre entro a su cuarto buscándola y sobre el escritorio encontró a lo que su hija se había dedicado esos meses. Poseído por una ira absurda, tomo el manuscrito, subió a la azotea de la casa y aventó todas las páginas.

Cuando la joven regreso y no encontró el manuscrito, entro en pánico, y, al ver la arrogante sonrisa de su padre cuando este le dijo lo que había hecho, perdió el control. Salió disparada a la calle en busca de cualquier página que pudiera rescatar; sin embargo, era demasiado tarde, a su historia se la había llevado el viento.

Huyo de casa y ya no volvió. Deseo con todas sus fuerzas vivir dentro de su historia y convertirse en la heroína del mundo que había creado. Y lo logro. Vivió durante muchos años entre sus personajes, todos ellos los había creado ella, todos menos uno. Todos menos Jan.

Jan no era un personaje imaginario. ¿Cómo llego él a las islas? ¡Es que aun no termino de contar la historia!

Cuando el padre de la joven se deshizo del manuscrito, centenares de hojas volaron por el aire; unas terminaron pisoteadas y atropelladas, otras en el basurero, pero algunas siguieron volando. Ciertas páginas atravesaron la ciudad y llegaron al campo e incluso a otras ciudades.

Hubo una hoja cuya voluntad fue tan grande que fue capaz de atravesar un océano y llegar al otro lado del mundo. Siguió volando a través de un continente viejo, como si aquella pagina la jalara una poderosa fuerza invisible, hasta que llego a manos de un chico que tenia la misma edad que la joven autora.

La madre de Jan hablaba el mismo idioma de Abi, por eso fue capaz de leerla. Aquella pagina contenía la primera leyenda que Abi imagino, la historia de Victoria y Arhén, el canto de los dragones.

Esa era nuestra historia completa, entrelazada desde el principio, desde el momento en que él leyó lo que mi padre había destruido.

Nunca fui buena para huir. Me gustaría decir que nunca volví y que estuve en las Islas viviendo grandes aventuras, convertida en dragón, pero, no fue así. Regresé esa misma noche a mi casa y cuando lo hice mi papá me dio la paliza más grande de mi vida. Aun así no logró que dejara de escribir, así que comencé mi libro de nuevo. Escribir

siempre había sido mi salvación y, durante los años que tuve que vivir en esa casa, también fue mi escape.

De todas formas, nada volvió a ser lo mismo. En parte tenía razón: aquella noche huí de casa y nunca encontré el camino de regreso, porque después de lo que pasó yo ya no consideraba que ese fuera mi hogar.

Llevo muchos años perdida. Entre la realidad y la fantasía, siempre he escogido la segunda porque ésta siempre ha sido más amable conmigo. ¿Aún creo que Jan existe? Sí. El poder de las historias es tan grande que siempre me sorprende. ¿Quién sabe? Quienes no creen en los cuentos piensan que yo pasé años en el infierno, escribiendo tonterías. Quienes son como yo piensan que antes de eso fui un poderoso dragón de ojos dorados.

A las Islas, la tierra inexistente que tanto amé, les di el final que se merecían. Danya era una mujer muy justa y alguien que gobernaría con aciertos y errores, que aprendió bien de lo que había presenciado de adolescente. Ella pensó que la guerra contra otros humanos o contra dragones era un desperdicio de vidas, así que buscó la paz por todos los medios y por fin dejó que los dragones dejaran de esconderse. Paz, eso es lo que siempre quise para mi mundo.

Yo jamás regresé a las Islas. No volví a ver a mi abuela ni a mis hermanos o a la Dama Eterna.

Hoy camino sola por la calle, entre un río de hojas doradas, envuelta en mi abrigo rojo favorito. Estoy lejos de casa, pero amo esta ciudad en donde la canción que Jan tarareaba se toca en cada esquina para los turistas. Los cafés están repletos; la gente habla, ríe, bebe vino y café. Las luces de las tiendas se encienden de manera paulatina y, conforme avanzan las estaciones, los días se hacen más cortos. Éste es el primer puente que pisé en esta ciudad hace ya algunos años. Desde aquí mi mejor amiga y yo gritamos como pueblerinas al ver por primera vez su resplandor. Aquí, esa misma noche pedí un deseo, el mismo que pedía siempre; que mi historia llegara a todo el mundo para que Jan pudiera leerla. Hoy vuelvo a pisarlo, agradecida de que mi deseo se haya cumplido.

Sobre el puente está un hombre de abrigo negro y tenis, me causa algo de risa; es muy típico de él desentonar. Me acerco despacio e intento no hacer ruido con los tacones; está de espaldas y quiero observarlo antes de que él me vea. Su cabello despeinado de rockero es un poco más oscuro, sigue siendo igual de alto y sus manos son las mismas. Se da la media vuelta y, al verlo, me entra la duda. ¿Qué tal si lo que escribí es producto de mi locura? Me detengo y no doy un paso más, a pesar de que ya me vio y estoy tan cerca.

Él nota que estoy asustada y a pocos segundos de correr; entonces mete la mano al bolsillo de su abrigo y de ahí saca un papel y me lo ofrece.

—Este papel lo encontré cuando tenía trece años y lo que tiene escrito inspiró la mejor de mis canciones.

Después de mi libro, todos sabían qué estaba escrito en ese papel; pero nadie sabía que al principio de la página yo había escrito lo primero que imaginé al comenzar esta historia:

Dos figuras vuelan perdiéndose entre el mar y el cielo...

—¿Sabías que ese iba a ser el final original de la historia? —le pregunto sonriendo y llorando al mismo tiempo.

—No, no lo sabía —contesta él acercándose a mí—, pero puede ser el final ahora.

Jan toma mi mano y despacio la pone en su pecho para que pueda escuchar su corazón. Sus latidos son un milagro, yo sostuve a ese corazón muerto.

—¿De verdad eres tú? —me atrevo a preguntar, temerosa de que se desvaneciera en el aire.

—Te dije que te encontraría.

Nos abrazamos como el día en que tuvimos que decirnos adiós; la única y crucial diferencia es que ya no tendremos que hacerlo. Aquel papel, prueba de su existencia y de la verdad de nuestra historia fantástica, resbala de mi mano e inevitablemente se va volando. Supongo que, después de vagar un rato por el mundo, irá a reunirse con las otras páginas; después de todo, siempre queremos estar donde de verdad pertenecemos. Yo entiendo eso muy bien; por fin encontré mi camino a casa.

Fin

*El quinto
dragón*

Agradecimientos

FORO 'DARK STORIES'

<http://darkstories.forosactivos.org/>

BLOG 'DARK STORIES'

<http://vampsydhampslit.blogspot.com/>

TRANSCRIPTORES:

- * Criis_05
- * marielos56
- * Shezzi
- * Nirvanera7
- * JOY
- * Daniel Grigori

DISEÑO DEL DOCUMENTO:

- * Daniel Grigori

SCANS:

- * Shezzi

MODERACION-RECOPIACION:

- * Criis_05
- * Nirvanera7

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Primero, un agradecimiento muy especial a Shezzi, que fue quien propuso la transcripción y nos brindo los scans ¡Gracias Shezzi! Luego a Criis_05 y Nirvanera7 que fueron quienes sacaron adelante este proyecto. ¡Y a todas las que colaboraron e hicieron esto posible!